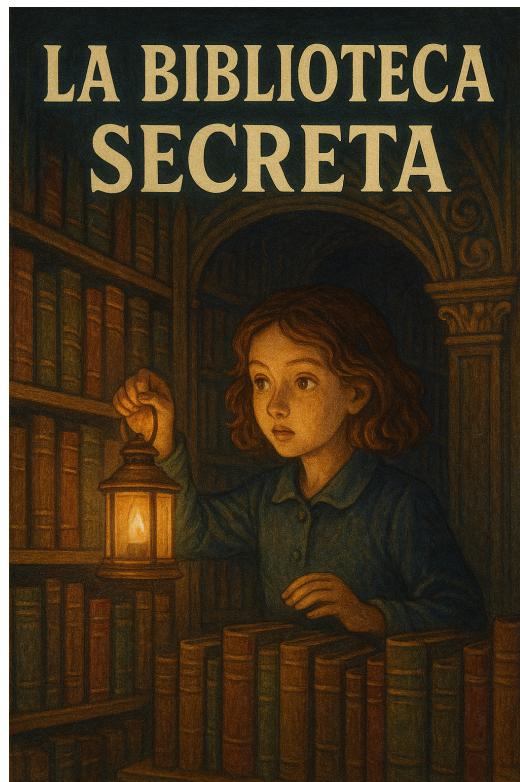


La Biblioteca Secreta

Relato para animar a la lectura en 5º de Primaria



Odila del Barrio

Índice

1. El club de los que se aburren	2
2. El secreto de la medianoche	6
3. Los libros despiertan	10
4. Dentro del cuento de piratas	18
5. El misterio del caballero	22
6. El Dragón de las Palabras	30
7. Perdidos en el espacio	38
8. El regreso inesperado	42
9. El libro prohibido	46
10. El gran robo de historias	55
10.1. El caso sin porqué (Policial escolar)	56
10.2. El hechizo cojo (Cuento de hadas)	58
10.3. El nombre perdido (Mitos y Leyendas)	62
11. El gran robo de historias (continuación)	67
12. El guardián de la biblioteca	71
12.1. La última prueba	72
12.2. El regreso	73
12.3. El nuevo guardián	73
12.4. Epílogo	74
13. Glosario de palabras poco comunes	75
14. Creación del relato y licencia	77

Distribución del orden de lectura por evaluaciones

1^a Evaluación

- **Capítulo 1:** El club de los que se aburren.
- **Capítulo 2:** El secreto de medianoche.
- **Capítulo 3:** Los libros despiertan.
- **Capítulo 4:** Dentro del cuento de piratas.
- **Capítulo 5:** El misterio del caballero.

2^a Evaluación

- **Capítulo 6:** El Dragón de las Palabras.
- **Capítulo 7:** Perdidos en el espacio.
- **Capítulo 8:** El regreso inesperado.
- **Capítulo 9:** El libro prohibido.

3^a Evaluación

- **Capítulo 10:** El gran robo de historias.
 - Subcapítulo 10.1: El caso sin porqué.
 - Subcapítulo 10.2: El hechizo cojo.
 - Subcapítulo 10.3: El nombre perdido.
- **Capítulo 11:** El gran robo de historias (continuación).
- **Capítulo 12:** El guardián de la biblioteca.
 - Subcapítulo 12.1: La última prueba.
 - Subcapítulo 12.2: El regreso.
 - Subcapítulo 12.3: El Nuevo Guardián.
- **Epílogo.**

1. El club de los que se aburren



Paula golpeó la mesa con el lápiz y suspiró por décima vez. El aula estaba en silencio, tan silenciosa que se podían oír los ventiladores del proyector y hasta el crujido de una silla al moverse. La sustitución de Lengua no estaba siendo nada emocionante: el profesor de matemáticas les había ordenado que

leyeran un cuento del libro de texto en voz baja y que después hicieran un resumen.

Paula miraba el papel como si aquel montón de palabras quisiera devorarla.

—¿De verdad tenemos que leer esto? —susurró a su compañero Sergio, que se sentaba a su lado.

Sergio apenas levantó los ojos. Tenía el libro abierto por la página treinta y algo, pero en realidad estaba dibujando coches en el margen.

—Calla, que nos va a oír —murmuró, aunque tampoco parecía muy concentrado en leer.

Paula se removió en la silla, apoyó la cabeza en la mano y soltó otro suspiro largo.

Dos filas más atrás, Daniel se había colocado el libro como si fuera un antifaz. Tapaba medio rostro y dejaba ver solo la boca, que dibujaba una sonrisa traviesa. Hizo un gesto exagerado como de roncar, y Paula tuvo que morderse la lengua para no reírse a carcajadas. Sergio también lo vio y casi se atraganta aguantando la risa.

El profesor levantó la vista un momento y carraspeó. Todos se quedaron muy quietos, como estatuas. Cuando el hombre volvió a su cuaderno, Daniel bajó el libro despacio y les guiñó un ojo.

Por fin sonó la campana.

—¡Recreo! —gritó alguien desde la última fila, y la clase estalló en movimiento. Las sillas chirriaron, las mochilas se cerraron a toda prisa y en menos de un minuto el aula estaba vacía.

Los tres amigos no tuvieron tanta prisa. Recogieron despacio, como si el recreo pudiera esperar.

—Odio leer —declaró Daniel, estirando los brazos como si acabara de salir de una cárcel.

—Yo también —dijo Paula, colgándose la mochila—. Prefiero mil veces un buen partido de fútbol.

—O un videojuego —añadió Sergio, con un bostezo.

Salieron al patio y se dirigieron a su banco de siempre, junto al viejo árbol que daba algo de sombra. Allí fundaron, semanas atrás, su club secreto: **El club de los que se aburren**.

La norma principal era clara: prohibido hablar de libros.

—Vale, chicos —empezó Daniel—. En la reunión de hoy propongo que organicemos un campeonato de canicas.

—¿De canicas? —Sergio arqueó una ceja—. Eso está pasado de moda.

—¿Y qué? —replicó Daniel—. Si se juega bien, mola.

Paula rodó los ojos.

—Yo paso. Prefiero fútbol. Además, no tenemos canicas.

El debate continuó un rato entre bromas y quejas. Mientras tanto, la profesora Aurora se acercaba por detrás. Cuando los tres la vieron, ya era tarde.

—Vosotros tres, venid conmigo —dijo con voz seria.

Los amigos se miraron como si acabaran de ser pillados con las manos en la masa.

—¿Qué hemos hecho ahora? —murmuró Paula, aunque ya sospechaba la respuesta.

La profesora los condujo al interior del colegio hasta la biblioteca. A Paula le impresionaba siempre aquel lugar: estanterías altísimas llenas de lomos de colores, un olor a papel viejo y a madera encerada, y un silencio que parecía distinto al de las aulas, más profundo.

—Os he visto en clase —dijo la señorita Aurora cruzándose de brazos—. No habéis leído ni una sola página. Así que vais a ayudar a la bibliotecaria a ordenar libros esta tarde.

—¡¿Qué?! —protestó Daniel—. ¡Eso es un castigo!

—Lo llamaremos una oportunidad —sonrió la profesora antes de marcharse.

Paula, Sergio y Daniel se quedaron mirando las estanterías con cara de funeral.

—Genial —gruñó Paula—. Pasar la tarde entre polvo y libros aburridos.

En ese momento apareció doña Mercedes, la bibliotecaria. Era una mujer mayor, con gafas redondas que se deslizaban hasta la punta de la nariz y un moño sujeto con lo que parecían ser lápices. Empujaba un carrito repleto de novelas.

—Bienvenidos, chicos —dijo con una sonrisa amable—. No os preocupéis, la lectura no muerde.

Los tres amigos no estaban tan seguros.

Durante una hora se dedicaron a colocar libros. Sergio los alineaba de mala gana, Paula trepaba por una escalera pequeña para alcanzar los estantes altos, y Daniel se dedicaba a soplar el polvo de las portadas, fingiendo que tocaba una trompeta invisible cada vez que una nube salía volando.

—¡Mira, soy el trompetista del club de los aburridos! —bromeó Daniel, haciendo reír a los otros.

Paula, en un intento de terminar más rápido, empujó con fuerza un tomo pesado en la última balda. Se oyó un *clic* extraño, como si algo se hubiera desbloqueado dentro de la estantería.

—Eh, ¿habéis oído eso? —preguntó, bajando la voz.

Los tres se acercaron. Entre los libros se había abierto un pequeño hueco. Paula metió la mano y, con algo de esfuerzo, sacó un volumen diferente a todos los demás.

Era grande, con tapas de cuero oscuro, cubierto de polvo y con un candado metálico que lo mantenía cerrado.

—¡Guau! —murmuró Sergio, con los ojos muy abiertos—. Parece de película.

—O de miedo —añadió Daniel, aunque sonrió nervioso.

El candado brillaba débilmente bajo la luz de la lámpara. Paula intentó abrirlo, pero estaba firmemente cerrado.

—Seguro que es importante —dijo, acariciando la tapa con cuidado—. ¿Por qué lo esconderían aquí atrás?

En ese momento, la voz de doña Mercedes los hizo dar un salto.

—¿Todo en orden por ahí?

Paula guardó el libro a toda prisa entre su chaqueta.

—Sí, sí, todo bien —respondió, intentando sonar inocente.

Cuando por fin sonó la campana de salida, los tres salieron disparados al patio. Bajo el árbol del recreo, Paula sacó el misterioso libro y lo puso sobre el banco.

—Un libro con candado —dijo Sergio, asombrado—. Esto sí que no me lo esperaba en la biblioteca.

—¿Y si tiene un tesoro escondido dentro? —aventuró Daniel.

—O un mapa secreto —añadió Paula, con los ojos brillando de emoción.

Durante un rato se quedaron mirándolo sin atreverse a tocarlo. Nunca antes un libro les había interesado tanto.

Y aunque todavía no lo sabían, aquel hallazgo iba a cambiarlo todo. Porque ese libro estaba vivo... y esa misma noche les abriría la puerta a la **Biblioteca Secreta de Medianoche**.

2. El secreto de la medianoche



Paula no podía dejar de mirar el libro con candado. Lo había escondido en el fondo de su mochila, debajo de la agenda y de la fiambrera vacía, pero aun así sentía que palpitaba como si tuviera vida propia.

En la cena, su madre le preguntó por qué estaba tan callada.

—Nada, cosas del colegio —mintió Paula, mientras daba vueltas al puré con la cuchara.

Su hermano pequeño, Mario, la miró con cara de pillo.

—Seguro que la han castigado otra vez.

—¡Que no! —protestó ella, colorada.

Cuando por fin se metió en la cama, el sueño tardó en llegar. Cerró los ojos y entonces lo oyó: un murmullo suave, como si cientos de voces hablasen al mismo tiempo.

Se incorporó de golpe. La habitación estaba en silencio. ¿Lo habría soñado?

Abrió la mochila, sacó el libro y lo puso sobre la cama. La cerradura brillaba débilmente en la oscuridad.

—Qué raro eres... —susurró.

El murmullo volvió: Paula... Paula...

Soltó un chillido ahogado y metió el libro bajo la almohada. No volvió a dormir hasta muy entrada la noche.

Al día siguiente, en el recreo, buscó a Sergio y a Daniel.

—Chicos, os juro que anoche el libro me habló.

Sergio se rió.

—Claro, y yo tengo un dragón en el garaje.

—No es broma —insistió Paula—. Decía mi nombre. Y brillaba.

Daniel tragó saliva.

—¿Y si es un libro embrujado?

—¿Y si nos está llamando para que lo abramos? —dijo Paula.

Los tres se miraron, inseguros.

—Quedemos esta noche en el cole, a las doce —propuso Sergio.

—¿Estás loco? —saltó Daniel—. Nos pillarán.

—¿Y qué? —respondió Sergio con una sonrisa—. ¿No quieres saber qué pasa?

Paula no dudó.

—Yo voy.

Daniel suspiró.

—Vale, pero si nos expulsan será culpa vuestra.

La medianoche cayó sobre el pueblo. Las farolas del patio del colegio lanzaban un resplandor anaranjado. Paula llegó la primera, con una linterna en el bolsillo. Poco después aparecieron Sergio y Daniel, con mochilas y cara de nervios.

—¿Habéis traído el libro? —preguntó Sergio.

Paula lo sacó envuelto en una bufanda. El candado brilló como si reconociera el momento.

Saltaron la verja con cuidado. Dentro, el colegio parecía un gigante dormido. Las ventanas oscuras eran como ojos cerrados y cada crujido del suelo les hacía contener la respiración.

—Esto da más miedo que una peli de terror —susurró Daniel.

Caminaron por el pasillo. Las luces de emergencia parpadeaban, pintando las paredes de un verde fantasmagórico.

—Mirad —dijo Sergio en voz baja—. La puerta de la biblioteca.

Estaba cerrada. Empujaron, y con un chirrido largo se abrió.

El aire era frío. Las estanterías parecían torres gigantes, vigilando en la penumbra.

—Encended las linternas —ordenó Paula.

Avanzaron despacio. Un ruido metálico sonó a su espalda. Se quedaron congelados.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró Daniel, con los ojos como platos.

—¡Un fantasma! —susurró Sergio en broma, aunque tampoco se veía muy tranquilo.

Paula giró la linterna y enfocó: era un viejo globo terráqueo que había rodado desde una mesa.

—Casi me da un infarto —dijo Daniel, llevándose la mano al pecho.

Siguieron adelante.

Fue entonces cuando sucedió.

Las estanterías comenzaron a moverse como si respiraran. Los libros temblaban, algunos se abrieron solos y dejaron escapar letras luminosas que flotaban como luciérnagas.

—Decidme que también lo veis —balbuceó Daniel.

—Lo vemos —respondió Paula, boquiabierta.

De repente, un hueco se abrió en la pared del fondo. Una puerta que antes no estaba allí, iluminada por un resplandor azul.

El murmullo volvió, fuerte y claro: Entrad... entrad...

Paula abrazó el libro con candado.

—Creo que nos estaba llamando para esto.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Daniel, temblando.

Sergio dio un paso.

—Si no entramos, nunca sabremos qué hay dentro.

Se miraron. Nadie quería admitir que estaba muerto de miedo.

Finalmente, Paula giró el pomo.

La puerta se abrió, dejando escapar un viento suave con olor a tinta y papel recién impreso.

Al otro lado, oscuridad salpicada de destellos, como estrellas.

—Bienvenidos —dijo una voz profunda.

Un hombre alto, de barba blanca y bata larga surgió de la penumbra. Sus gafas redondas brillaban, y de sus bolsillos asomaban plumas y marcapáginas.

—Soy Don Hilario, guardián de la Biblioteca Secreta.

Los niños se quedaron paralizados.

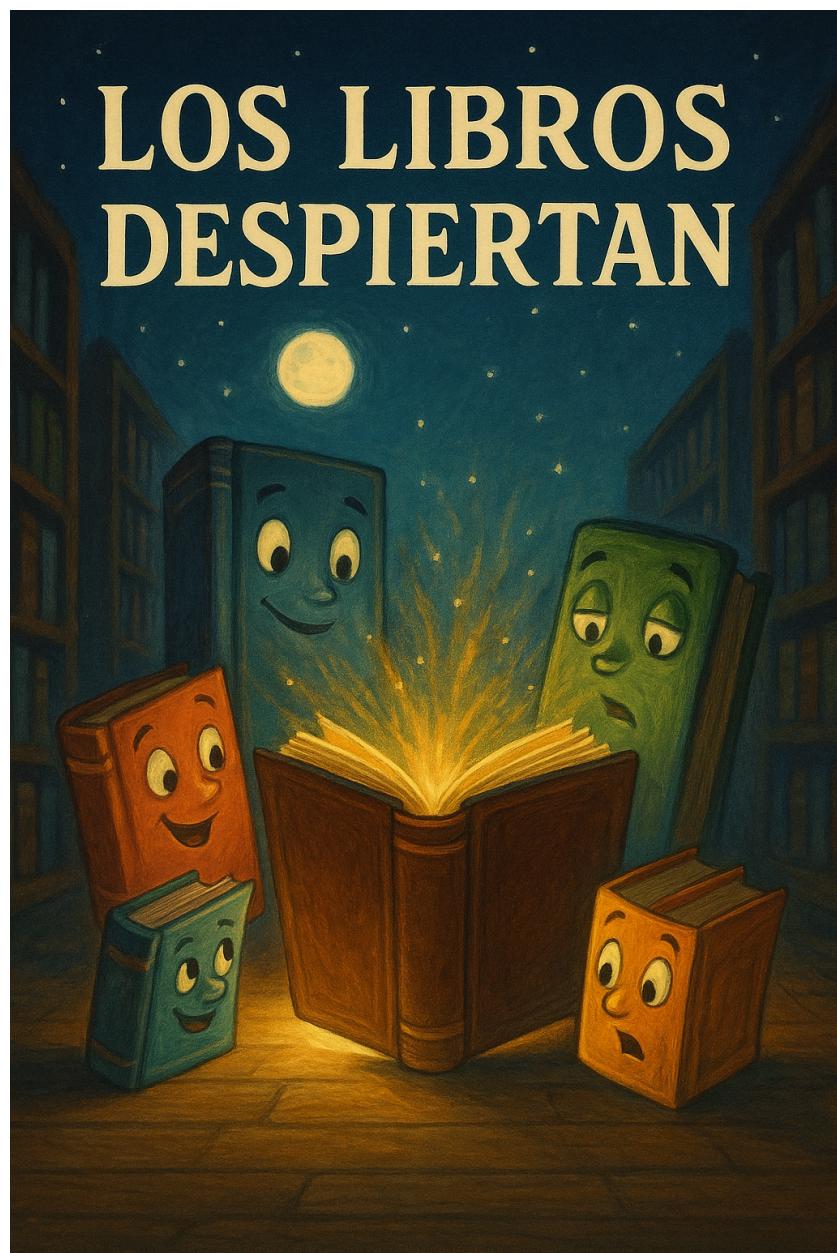
—¿Una biblioteca... secreta? —logró decir Paula.

—Solo se muestra a quienes están destinados a descubrirla —sonrió el anciano—. Y vosotros, al parecer, lo estáis.

Se apartó, invitándolos a pasar.

Paula, Sergio y Daniel respiraron hondo y, casi al mismo tiempo, dieron el primer paso al interior de la Biblioteca Secreta de Medianoche.

3. Los libros despiertan



El pasillo al otro lado de la puerta no era un pasillo normal. El suelo parecía hecho de tablones de madera muy vieja, pero en cada tablón estaban grabadas letras diminutas que brillaban con cada paso. En las paredes, estanterías altísimas curvaban sus lomos como si fueran columnas de un palacio. Por encima de ellos flotaban marcapáginas de colores, planeando como

pequeñas aves.

—Respirad hondo —dijo Don Hilario, y su voz retumbó con suavidad—. Este lugar es antiguo y joven a la vez. Es la Biblioteca Secreta de Medianoche. Solo despierta cuando los relojes marcan las doce y vuelve a dormir cuando suena la una.

—¿Solo una hora? —preguntó Sergio, apretando la linterna que ya casi no hacía falta.

—Una hora aquí —aclaró el bibliotecario—. Allá fuera... bueno, el tiempo a veces se porta extraño. Más os vale no probarlo.

Paula no sabía dónde mirar. Un atlas se estiró en un bostezo y, al abrirse, los continentes crujieron como hojas secas. Un libro de poemas chasqueó los dedos y soltó un rim-rim, como si tarareara. En otra mesa, una enciclopedia enorme carraspeó y dijo con voz grave:

—Silencio, por favor. Algunos estamos pensando.

Daniel dio un salto hacia atrás.

—¡Ha hablado!

—Aquí todos hablan —sonrió Don Hilario—. Pero no todos dicen cosas útiles.

Avanzaron hacia un vestíbulo circular donde un reloj de arena, alto como un niño, dejaba caer tinta negra en lugar de arena. Cada gota dibujaba una letra distinta antes de desaparecer en el fondo.

—Este es el **Reloj de Tinta** —explicó el bibliotecario—. Mientras caiga tinta, la Biblioteca estará despierta. Cuando aparezca el punto final... todos a casa.

Paula miró fascinada las letras que caían: una A, luego una R, luego una S que se retorcía con elegancia.

—¿Y si nos quedamos aquí cuando termine la tinta? —preguntó Daniel, tragando saliva.

—Mejor no averiguarlo —repuso Don Hilario con un guiño—. Venid. Os enseñaré las salas principales.

Doblaron una esquina y entraron en la **Sala de Prólogos**. Era un espacio ancho, con una lámpara que parecía hecha de frases entrelazadas. En el centro, una mesa con tres objetos relucientes.

—Antes de andar entre historias, necesitáis herramientas —dijo Don Hilario—. Cada lector es distinto, así que cada herramienta funciona de manera un poco... caprichosa.

Señaló el primer objeto: una **lupa** con un marco de latón.

—La *Lupa de los Detalles*. Al mirar por ella, veréis pistas escondidas en ilustraciones y letras. Cuidado: también muestra cosas que tal vez preferiríais no ver, como las faltas de ortografía.

—Uf, eso sí que da miedo —bromeó Sergio.

El segundo objeto era un **marcapáginas** de tela roja con un pequeño bordado dorado en forma de candado.

—El *Marcapáginas de Regreso*. Si lo dejáis dentro de un libro antes de entrar, siempre sabréis volver a la página correcta. Nunca entréis sin marcar.

Paula asintió muy en serio.

—¿Y el tercero?

Sobre una pequeña almohadilla había un **plumín** sin pluma, negro y elegante.

—El *Plumín Domador*. Con él podréis escribir una palabra, solo una, dentro de la historia. Pero elegidla bien, porque lo que escribáis se volverá real.

—¿Solo una por aventura? —preguntó Daniel.

—Por noche —corrigió Don Hilario—. Y recordad: toda palabra tiene consecuencias. “Puerta” puede abrir un paso, pero también dejar pasar a lo que hay detrás.

Sergio silbó bajito.

—Mola mucho.

—Reglas —añadió el bibliotecario, levantando un dedo, y las letras del techo formaron, por un segundo, la palabra REGLAS en espiral—. Primera: **respetad el texto**. No rompáis páginas, no arranquéis ilustraciones. Segunda: **marca siempre** con el marcapáginas. Tercera: **nunca entréis solos**. Cuarta: **leed en voz alta** si la historia se enreda. La voz despierta caminos. Quinta: si veis páginas en blanco... **huíd**.

Daniel parpadeó.

—¿Páginas en blanco? ¿Qué tienen de malo?

—Que lo devoran todo —dijo Don Hilario en un susurro—. El vacío también contagia. Por suerte, hace tiempo que no... —Se interrumpió. Sus ojos se habían puesto serios un segundo—. En fin. Venid a la **Sala de Mapas**.

Salieron por una puerta ovalada y se encontraron en una galería estrecha, con vitrinas repletas de mapas: mapas de islas con forma de peces, mapas del cielo con constelaciones que se movían, mapas de ciudades invisibles con calles que aparecían y desaparecían.

—Toda aventura necesita un mapa —explicó—. Algunos son sinceros. Otros mienten. Por eso llevaréis la Lupa.

Un marcapáginas azul se posó en el hombro de Paula y emitió un trino suave, como un pájaro. Ella rió.

—¿Son... vivos?

—Son **Marcas**. Les gusta escoger lector. Parece que le has caído bien a Nudo Azul —dijo Don Hilario, y el marcapáginas se inclinó como saludando.

Cruzaron una puerta de cristal y entraron en el **Pasillo de los Géneros**. A la izquierda, la sección de aventura olía a sal y viento. A la derecha, la

de fantasía olía a canela y hogueras. Más allá, la de ciencia ficción lanzaba destellos plateados que hacían cosquillas en la nariz.

—Podréis viajar a cualquier historia —dijo el guardián—. Pero empezaremos con algo... que tenga olas. Así aprendéis a mantener el equilibrio.

—¿Olas? —repitió Paula, emocionada.

—Piratas —tradijo Sergio con una sonrisa.

—¿Piratas de los de verdad o piratas simpáticos? —preguntó Daniel.

—Los piratas dependen del libro —contestó Don Hilario—. Si el autor los escribió valientes, lo serán. Si los escribió crueles, también. Pero recordad, aunque el libro esté “vivo”, **no sois personajes escritos**. Vosotros tomáis decisiones propias. Y las decisiones importan.

Se detuvieron ante un atril. Encima descansaba un libro enorme de cubierta azul oscuro con una calavera plateada y un timón grabado. El título brilló un instante: **“El Corsario de la Tormenta”**. El lomo tenía pequeñas marcas, como mordiscos.

—¿Qué es eso? —Paula tocó con cuidado. Las marcas parecían huellas pequeñas con forma de letras arrancadas.

—Mordiscos de... humedad —respondió Don Hilario despacio—. A veces la sal del mar deja marcas. —Se inclinó—. Otras veces, otras cosas.

El reloj de tinta soltó una gota larga que dibujó una J. El guardián se irguió y cambió de tono, más alegre:

—Antes de zarpar, probemos un ejercicio. Entrar en un libro es como cruzar un puente. Hay que **llamar**.

—¿Cómo se llama a un libro? —preguntó Sergio.

—Leyendo su **primer párrafo** en voz alta —dijo el guardián—. Pero el libro tiene que **querer**.

Abrió el corsario por la primera página. Las letras vibraron, como si tuvieran cosquillas. Paula tragó saliva, y leyó:

—“La noche que el *Viento Norte* rasgó las velas y el capitán perdió su brújula, el mar decidió que aquel barco debía aprender una lección...”

Un susurro envolvió la sala. Desde la página brotó una bruma fina que olía a algas. Un golpe seco sonó contra el suelo: una gota de agua salada.

Daniel se echó atrás.

—¿Ha... llovido dentro del libro?

Sergio rió nervioso.

—Creo que el libro nos ha entendido.

—Muy bien —aprobó Don Hilario—. Ahora, cerradlo. Todavía no entráis. Primero, un paseo por la **Sala de Silencios**.

—¿Sala de... Silencios? —repitió Paula, curiosa.

El guardián los condujo por un corredor estrecho. Las paredes de esa sala no tenían estanterías. Solo había mesas con libros abiertos y, alrededor, un

silencio tan denso que casi pesaba.

—Aquí descansan los libros que han sido **“mucho leídos”** —explicó—. Sus historias están cansadas y prefieren susurrar. Si alguna vez os sentís perdidos en una aventura, venid y sentaos. El silencio os devolverá orden a la cabeza.

Sergio miró alrededor. Sobre una mesa, un cuento ilustrado del bosque tenía las páginas como hojas de otoño. En otra, una novela de detectives brillaba en blanco y negro.

—¿Podemos... tocar?

—Podéis **“escuchar”** —sonrió Don Hilario.

Paula cerró los ojos. Por un instante oyó pasos suaves sobre la nieve, un ladrido lejano, la risa de una niña... Abrió los ojos con una sonrisa tonta.

—Estaban... ahí.

—Los libros no son cajas —dijo el guardián—. Son **“puertas”**.

Un ruido pequeño, como un rasguño, les hizo girar la cabeza. En el rincón, un librito delgadísimo —tapa beige, sin dibujos— estaba medio abierto y temblaba. Don Hilario se acercó.

—Tranquilo, pequeño. —Lo acarició como si fuera un gato—. A este le faltan palabras. A veces llegan en mal estado.

Paula se inclinó. En la página central había un mordisco en blanco. No faltaba papel; faltaban **“letras”**. Como si alguien las hubiera sorbido.

—¿Quién se come las palabras? —preguntó, con un cosquilleo de preocupación.

Los ojos brillantes del guardián se oscurecieron apenas.

—El mundo es grande, y hay criaturas hambrientas. Pero este no es un problema para esta noche. Para esta noche, tenemos **“mar y viento”**.

El reloj de tinta dejó caer una letra que no había visto antes: una muy elegante, y luego una O mayúscula. El tiempo corría.

—Antes de irnos —añadió Don Hilario—, una prueba.

Les llevó a una mesa baja. Encima había un cuento de dos páginas, ilustrado con un gato negro que miraba a la luna. El título era simple: **“El gato que buscaba su ronroneo”**.

—Entrad un minuto —propuso, como quien enseña a montar en bici—. Es una historia breve. Si lográis ayudar al gato, estaréis listos para el mar.

—¿Entrar ahora? —Daniel miró el reloj de tinta.

—Solo un minuto aquí. Para el cuento será una noche.

Colocaron el marcapáginas de regreso entre las páginas. Paula sujetó la lupa, Sergio tomó el plumín y Daniel se quedó con la linterna, que ahora parecía más por compañía que por luz. Don Hilario les hizo un gesto:

—Juntos. Y recordad: **“voz”** y **“escucha”**.

Paula leyó el primer párrafo. El papel se hizo blando bajo sus dedos, como agua templada. El aire tiró de ellos y, de pronto, ya no estaban en la sala: estaban en un tejado, bajo una luna redonda y alta. Las tejas crujían suavemente. Un gato negro con una mancha blanca en el cuello los miraba desde la chimenea.

—Miau —dijo sin sonido—. Es decir... miau no me sale.

—Ha perdido su ronroneo —susurró Paula—. Eso decía el título.

Sergio se agachó delante del gato.

—Hola, colega. Venimos de... bueno, de ahí fuera. ¿Qué te pasa?

El gato movió la cola y abrió la boca. No salió sonido.

—Quizá no le falte la voz —murmuró Daniel—. Quizá le faltan **palabras**.

Paula se acordó de la lupa. La acercó a los bigotes del gato y, ¡oh!, vio letras pegadas a los pelos: r, r, r... Apagadas, como si estuvieran dormidas.

—Están aquí —dijo—. Pero están dormidas.

—Plumín —propuso Sergio.

El plumín negro tembló en su mano, como si tuviera cosquillas. Con mucho cuidado, escribió en la teja: **“Susurro”**. La palabra brilló y un viento suave acarició el tejado, rozó los bigotes del gato y... rrrrrr... comenzó un ronroneo pequeño, tímido, pero ronroneo al fin.

El gato se frotó contra la pierna de Daniel agradecido, y del cielo cayó un papelito enrollado, como un pergamino. Paula lo atrapó al vuelo. Decía: **Gracias**.

El tejado se desvaneció bajo sus pies y volvieron a la mesa, de pie, con el cuento cerrado delante y el marcapáginas latiendo como un corazón diminuto.

—Muy bien —aplaudió Don Hilario—. Habéis entendido que a veces **no falta una cosa**; falta **cómo llamarla**. Os vendrá bien con los piratas.

—¿A los piratas también les faltan palabras? —preguntó Daniel, asombrado.

—Al capitán, esta noche, le faltará su **brújula**. Y sin brújula uno puede perder el norte... en el mar y en la cabeza.

Sergio miró el reloj de tinta. La columna negra había bajado bastante.

—¿Nos da tiempo?

—Si marcáis bien y mantenéis la calma. —El guardián hizo una pequeña reverencia—. Elegid, lectores.

Regresaron al atril del libro azul. Paula colocó el marcapáginas entre la primera y la segunda página. Nudo Azul —el marcapáginas que la había elegido— se enredó en la esquina con un nudo firme, como un marinero experimentado.

—¿Y si el mar nos traga? —murmuró Daniel, medio en broma, medio en serio.

—Leer **no traga** —dijo Paula—. Leer **lleva**. Pero hay que saber volver.

—Para volver, voz —repitió Sergio—. Y marcapáginas.

Don Hilario les ofreció una cajita de madera.

—Dentro hay **tres granos de sal de historia**. Si la tormenta os tapa los oídos, colocad uno bajo la lengua. Os recordará que todo es cuento y no pesadilla.

Daniel abrió la caja y vio tres granitos brillantes, como azúcar.

—¿Y si se me caen?

—No se caen a los valientes —dijo el guardián con una media sonrisa.

Hubo un segundo de silencio. El agua salada olía cada vez más fuerte. Desde dentro del libro se oyeron cuerda tensa, madera que crujía, una voz ronca dando órdenes: “¡A estribor! ¡Amarrad las velas!”

—Estoy... un poco nervioso —confesó Daniel.

—Yo también —admitió Paula.

Sergio carraspeó.

—Eso es lo normal antes de una aventura.

—Una última cosa —intervino Don Hilario, y su voz se volvió baja—. Si veis páginas en blanco... no las miréis mucho rato. Mirad a vuestro amigo, tocad el marcapáginas, **nombrad** lo que tengáis alrededor: “barco”, “mástil”, “cuerda”. Las palabras traen de vuelta la forma de las cosas.

—Entendido —dijo Paula, más segura.

El guardián colocó la mano abierta sobre la cubierta del libro.

—La Biblioteca no es un sitio para hacer trampas —añadió—. Es un sitio para **aprender**. Caerse, levantarse, reírse y volver a intentar. Si algo sale mal, no se os castigará por intentarlo. Se os pedirá que **lo contéis**.

—¿A quién? —preguntó Sergio.

—A vosotros mismos —dijo Don Hilario—. Los lectores que **cuentan** son los que crecen.

Las letras del reloj dibujaron una L y luego una U. Quedaba media noche.

Paula apoyó los dedos en la primera página. El papel estaba tibio, como la piel de un animal al sol. Daniel colocó la lupa en el bolsillo izquierdo. Sergio sujetó el plumín con cuidado.

—Juntos —dijo Paula.

—Juntos —repitieron los otros dos.

El corsario se abrió, y el viento del mar les azotó la cara, húmedo, salado, lleno de voces. Desde el interior, una frase salió volando y se enroscó alrededor de ellos como una cuerda:

—“La noche que el Viento Norte rasgó las velas...”

—¡Ahora! —exclamó Don Hilario.

Los tres amigos dieron un paso hacia la página. Las letras se hicieron hondas, como escalones. Una ola de tinta azul subió hasta sus rodillas. Paula sintió un latido en el bolsillo: Nudo Azul se apretaba fuerte a la tela.

—No olvidéis esto —añadió el guardián, ya lejano, como desde el otro extremo de un muelle—: si el capitán pierde la brújula, **buscad la palabra antes que el objeto**. La palabra “brújula” sabe volver a sus manos aunque la brújula no quiera.

—¿Cómo se busca una palabra? —gritó Daniel, mientras el viento les revolvía el pelo.

—Leyéndola —contestó Don Hilario—. Y **recordándola**.

Una campanada, no de reloj sino de barco, les golpeó el pecho. Paula miró a sus amigos: Sergio apretó los dientes con gesto valiente; Daniel tragó y asintió. El aire se llenó de espuma. Muy lejos, en el atril, la tinta del reloj dibujó una M.

—¡Vamos! —dijo Paula.

Y entonces—con un último “¡ánimo!” del guardián—los tres cruzaron el borde de la página, y el mundo de la Biblioteca se disolvió en viento, agua y madera crujiente.

Pero antes de que la ola los cubriera por completo, una sombra pasó por el margen inferior de la página. Pequeña, más rápida que un parpadeo. Paula creyó ver un colmillo que no era de tiburón, una boca que no era de pez, y un hueco pequeñito, limpio y perfecto que dejó la página como con un mordisco... **en blanco**.

—¿Habéis visto? —empezó a decir, pero la voz del mar la tragó.

El libro se cerró con un susurro, quedando marcado por el marcapáginas rojo que palpitaba con fuerza. Nudo Azul se quedó asomado, vigilando como un vigía. Don Hilario, solo en la sala, se acercó al borde de la cubierta, acarició el lomo con cuidado y habló en un susurro que nadie oyó:

—No esta noche, pequeño. No esta noche.

El reloj dejó caer otra letra que, al tocar el fondo, pareció dibujar una estrella.

Y el **Corsario de la Tormenta** abrió sus velas para recibir a tres lectores que, sin saberlo, ya estaban cambiando las reglas del juego.

4. Dentro del cuento de piratas



El agua los envolvió de golpe, fría como un cubo de hielo lanzado en pleno verano. Paula abrió la boca para gritar, pero en lugar de ahogarse. . . ¡respiró! El aire olía a sal y a madera mojada.

Cuando abrió los ojos, no estaba en la biblioteca. Estaba en la cubierta de un barco enorme, de velas desgarradas y mástiles que crujían con cada golpe

de viento. El mar rugía a su alrededor y el cielo estaba negro, iluminado por relámpagos que dibujaban cicatrices en la noche.

—¡A estribor! ¡Sujetad las velas! —tronó una voz profunda.

Un hombre gigantesco, con barba espesa y sombrero de capitán, daba órdenes corriendo de un lado a otro. Tenía un garfio en lugar de mano derecha y una brújula colgada del cuello con una cadena. Pero la brújula estaba rota: la aguja giraba sin parar, como si estuviera mareada.

—Estamos... ¿estamos dentro de un barco de verdad? —tartamudeó Daniel, aferrándose a la barandilla.

—No lo sé —respondió Paula—. Pero huele a mar.

Un pirata pequeño, con pañuelo rojo, los empujó.

—¡A trabajar, grumetes! ¡El capitán no quiere polizones!

—¿Grumetes? —repitió Sergio, indignado.

—¡Sí, grumetes! —gritó el pirata—. ¡A subir por las jarcias!

Señaló las cuerdas que ascendían hacia lo alto del mástil, moviéndose como serpientes con el viento.

—¡Están locos si creen que voy a subir ahí arriba! —se quejó Daniel.

Pero el barco se inclinó de pronto con una ola gigantesca y todos cayeron al suelo. Paula se levantó como pudo, empapada.

—Creo que no tenemos elección —dijo, mirando a sus amigos.

Los tres se lanzaron hacia las cuerdas. Paula subió la primera, con el corazón en la garganta. El viento le azotaba el pelo y las manos se le resbalaban, pero la Lupa de los Detalles, que llevaba colgada al cuello, empezó a brillar.

Miró a través de ella: en la vela rota aparecieron unas letras invisibles que solo ella podía ver. Decían: “Coser con palabra”.

—¡Chicos, mirad! —gritó.

Sergio se colgaba de la cuerda como un mono, y Daniel apenas se atrevía a subir dos metros.

—¿Qué pone? —preguntó Sergio.

—Que se cose con palabras. ¡Necesitamos escribir!

Sacó el Plumín Domador. Con manos temblorosas escribió en el aire, justo sobre la rasgadura de la vela: “Resiste”.

La palabra brilló como un relámpago y, de pronto, la tela se cerró sola, como cosida por una aguja invisible. El viento infló la vela y el barco se enderezó un poco.

Los piratas aplaudieron y silbaron.

—¡Bien hecho, grumetes! —rugió el capitán, con una sonrisa feroz—. ¡Sin vosotros la tormenta nos habría hundido!

Paula bajó de la cuerda, temblando de cansancio pero orgullosa.

—Ha funcionado... —susurró.

El capitán se acercó. Tenía un ojo azul intenso y el otro cubierto con un parche negro.

—Soy el capitán Tormenta —dijo, golpeando el suelo con su garfio—. Y mi brújula está rota. Sin ella no hay tesoro, y sin tesoro mi tripulación se amotinará. ¿Me ayudaréis?

Sergio dio un paso al frente.

—Claro que sí, capitán.

Daniel lo miró horrorizado.

—¡Claro que sí!? ¡Nos vamos a meter en un motín pirata!

—Ya estamos metidos —replicó Paula, secándose el pelo empapado.

El capitán señaló el horizonte. Entre las olas apareció un destello: una isla con montañas oscuras.

—Ahí se esconde el mapa. Solo la brújula puede mostrarlo, pero está encantada. Me roba el norte cada vez que lo miro.

—Entonces necesitamos la palabra “brújula” —murmuró Paula, recordando las advertencias de Don Hilario.

La brújula del capitán giraba como loca, pero al mirarla a través de la lupa vio que una letra brillaba débilmente: una B que temblaba, como a punto de desaparecer.

—Nos está robando la palabra —explicó Paula.

Sergio apretó el plumín en la mano.

—Entonces tendremos que devolvérsela.

El barco avanzó con fuerza. El cielo empezó a despejarse, aunque las olas seguían siendo altas. Los piratas cantaban canciones marineras con voces roncas, y algunos los miraban de reojo, aún desconfiados.

Daniel, empapado, se dejó caer contra un barril.

—¿Por qué siempre acabamos en líos por tu culpa? —le dijo a Paula.

Ella sonrió, aunque también estaba asustada.

—Porque son los mejores líos del mundo.

De repente, un pirata flaco y con dientes de oro se acercó.

—Capitán, estos grumetes saben cosas. Podrían traicionarnos.

El capitán Tormenta los miró con seriedad.

—Aquí no se traiciona a nadie —gruñó—. Aquí se prueba la lealtad.

Se giró hacia los tres amigos.

—¿Estáis dispuestos a encontrar el mapa y enfrentaros a lo que guarde la isla?

Paula, Sergio y Daniel se miraron. El barco crujío bajo sus pies, el mar rugió alrededor, y el reloj de tinta, muy lejos en la Biblioteca, dejó caer otra gota en forma de letra.

—Estamos dispuestos —dijeron al mismo tiempo.

El capitán sonrió con su garfio en alto.

—Entonces, grumetes, ¡a la Isla de las Sombras!

El barco se lanzó hacia adelante, abriendo la noche como una página recién escrita.

Y, escondida entre las olas, una sombra blanca con colmillos finos y brillantes mordisqueaba la espuma, dejando tras de sí un rastro en blanco.

5. El misterio del caballero



Don Hilario estaba allí, con la bata ligeramente abierta y los ojos muy despiertos detrás de las gafas.

—Volvéis a tiempo —dijo con alivio—. Me gusta eso.

Paula se acercó corriendo, bajando la voz.

—Hemos visto... mordiscos. Huecos blancos. Y la palabra Tesoro se ha borrado.

El guardián entornó los ojos. No le sorprendía: le dolía.

—Creí que tardaría más en oler el rastro —murmuró—. Pero no es culpa vuestra. —Se volvió serio, mirando a Sergio—. ¿Cuántas palabras habéis escrito esta noche con el Plumín?

A Sergio se le heló la nuca. Se miró con Paula.

—Una —dijo Paula—. En el cuento del gato.

Don Hilario guardó silencio.

Sergio alzó la mano como en clase, aunque nadie le había preguntado.

—Yo... escribí “Resiste” en la vela del barco —confesó—. Sin el plumín no aguantábamos la tormenta. Fue... fue sin pensar.

Don Hilario asintió, despacio. No regañó. No alzó la voz.

—A veces el mundo pide cosas sin darnos tiempo. Y ayudar a otros nunca está mal. Pero la Biblioteca... es exacta. Si se escribe una palabra de más, hay una palabra que falta en otro sitio. El vacío huele los excesos como los tiburones huelen la sangre.

Daniel tragó saliva.

—¿Entonces... nosotros...?

—No habéis creado al monstruo —negó el guardián—. Pero le habéis dado una miga. Y una miga lleva a otra. Esto empezó antes de vosotros. Mucho antes.

—¿Qué es? —preguntó Paula—. En la isla dejó huellas de comillas y paréntesis. Y mordió Tesoro.

—Es antiguo —dijo Don Hilario—. Le llaman de muchas formas. A mí me gusta ser claro: el dragón de las palabras. No muerde carne ni hierro. Muerde letras. Mastica sílabas. Y cuando termina, deja páginas en blanco, como huesos blanqueados al sol. Le atraen los libros que la gente deja de leer. Le atraen las palabras cortas en los mapas. Le atraen los... atajos.

Un escalofrío recorrió la nuca de los tres.

—¿Se puede parar? —preguntó Sergio.

—Se le puede tener miedo —sonrió Don Hilario—. Eso ya lo detiene. Pero también se le puede leer. Si lo miras y lo nombras, deja de ser un monstruo gigante y se vuelve una criatura con hambre. Y a las criaturas con hambre se las puede alimentar sin destruir el mundo. —Se quedó pensativo—. Aunque este no es de los fáciles.

El Reloj de Tinta dejó caer una letra que dibujó un punto y coma. Quedaba noche, pero menos.

—Si ha tocado mapas —continuó el guardián—, pronto irá a por crónicas. Y si va a por crónicas...

—... acabará en castillos —terminó Paula, adelantándose.

Don Hilario sonrió con orgullo.

—Exacto. Y conozco un castillo donde ya lo han visto de reojo. Venid.

Cruzaron el Pasillo de los Géneros. La sección de Aventura aún olía a sal. La de Fantasía extendía un aroma de canela. Se detuvieron ante un atril de madera oscura. Encima, un libro pesado con herrajes: “Crónica del Caballero de la Bruma”. En la cubierta, un escudo con una torre y una pluma cruzada.

—El Caballero de la Bruma guarda un monasterio donde se copian manuscritos —explicó Don Hilario—. Anoche, tres páginas amanecieron con huecos. No quemadas. No rotas. Blancas. Así que... —abrió el libro por el prólogo— haréis una visita.

Paula colocó con cuidado el Marcapáginas de Regreso. Nudo Azul se enroscó en la esquina con un nudo marinero. El Plumín Domador, en el bolsillo de Sergio, estaba frío del todo. Como dormido.

—¿Podemos entrar sin usar...? —Sergio miró su bolsillo, culpable.

—Hoy ya habéis escrito —dijo el guardián—. Esta vez, voz y lupa. Y recordad: los monjes del scriptorium escuchan más que hablan. Si susurráis, entenderán. Si gritáis, cerrarán.

—¿Y si aparece el...? —Daniel no terminó la frase.

—Nombrad lo que veáis. Tocad el marcapáginas. Pensad en volver. —Don Hilario apoyó la palma de la mano en la página—. Y recordad esto: un dragón no es solo dientes. También es sombra. No luchéis con la sombra. Encended una luz con una palabra.

Paula respiró hondo. Leyó en voz alta el inicio.

—“Cuando la niebla se sentó en los almenares y la campana del alba sonó sin sonido, el Caballero de la Bruma ensilló su caballo para guardar aquello que no pesa: las palabras.”

El aire tostó el olor a pan de horno, a cuero húmedo y a tinta fresca. El suelo se volvió piedra. Las paredes se alzaron de roca gris. La Biblioteca desapareció.

Entraron en un patio de armas con la hierba cortada tan recta que parecía peinada. Había una fuente que, en lugar de agua, dejaba caer gotas de tinta que dibujaban círculos en la pila y se deshacían al segundo. En las almenas, banderas claras con un emblema de torre y pluma.

—¡Alto ahí! —Una voz sonó como una campana. Un caballero con armadura ligera y capa de lana clara bajó por una escalera en caracol. Su casco no tenía visera y dejaba ver unos ojos de un gris dulcísimo, como la niebla al amanecer—. Soy Alonso de la Bruma. ¿Quiénes sois? No sois escuderos. No sois monjes. Y sin embargo... no parecéis enemigos.

Paula dio un paso adelante, inclinó un poco la cabeza imitando la reverencia que había visto en películas.

—Somos lectores. Venimos de... —buscó la palabra que el libro aceptaría— muy lejos y muy cerca.

El caballero sonrió apenas.

—La gente de buen corazón siempre viene de muy lejos y muy cerca. Bienvenidos. —Se acercó—. Esta noche guardo algo invisible. Por eso necesito ojos distintos.

—¿Palabras? —probó Sergio.

—Palabras —asintió el caballero—. Venid. Os llevaré al scriptorium.

Atravesaron un corredor frío. Por las ventanas estrechas se veía amanecer como un hilo dorado. En la sala de escritura, seis monjes trabajaban inclinados sobre mesas largas. Plumillas finas, tinteros de barro, cuchillos para raspar, arena para secar. No se oía nada, pero todo decía trabajo.

Sobre una mesa, tres pergaminos extendidos mostraban un horror delicado: donde debía haber letras negras y bellas, había claros perfectos, sonrientes, como si alguien hubiera pasado un borrador mágico. En uno, la primera línea seguía intacta: “Anno Domini...”. Luego, nada.

—Así los encontramos al alba —dijo Alonso de la Bruma—. Ningún ratón muerde tan redondo. Ningún fuego borra sin dejar humo.

Paula acercó la Lupa. Un cosquilleo le subió por la muñeca. En los bordes del blanco, minúsculas huellas de comillas abrían y cerraban, como si respiraran. Y, muy escondido, vio un escamado finísimo de papel translúcido. Escamas de página.

—Está aquí —susurró, mirando a Sergio—. O ha estado hace nada.

Daniel pegó la nariz al pergamo.

—¿Huele a algo?

—A frío —dijo Sergio—. A nada fría.

Un monje mayor, con arrugas como rayas de texto, se acercó despacito.

—Hijos —susurró—. Anoche escuché algo sobre la piedra del claustro. Como... un masticar de lluvia. Y una sombra que no proyectaba sombra.

—¿Dónde? —preguntó Alonso.

El monje señaló con una mano temblorosa.

—En el jardín de los laureles. Donde recitamos.

Salieron al claustro. Cuatro galerías rodeaban un jardín cuadrado con hierbas olorosas. Una columna estaba blanca, no de cal sino de blancura, como si le hubieran robado el color. En el suelo, hojas de laurel en silencio. Paula enfocó con la Lupa y vio el rastro que ya conocía: comillas, paréntesis, una coma grande como un garbanzo, un punto y coma juguetón.

—El dragón ha dado un paseo —murmuró—. Aquí estuvo.

—¿Puede esconderse en el silencio? —preguntó Daniel, inquieto.

—El silencio es su mesa —respondió Alonso—. Pero también es nuestra espada.

El caballero se colocó en el centro del claustro. Se quitó el casco, cerró los ojos, y recitó con voz tranquila, como quien prepara un pan:

—“No te comerás lo que no te pertenece; si tienes hambre, yo te nombro. Te nombro hambre, no dueño.”

El aire del claustro se rizó, como cuando la brisa mueve una cortina. La blancura de la columna vibró. De detrás de un pilar saltó algo que no era del todo visible, que no era del todo sombra. Se notaba donde no estaba: dejaba el aire limpio, sin polvo, sin olor. El jardín pegó un pestaño. Sergio dio un paso atrás.

—¡Ahí! —señaló Daniel.

El dragón de las palabras no rugió. No tenía garganta para un rugido: lo que hizo fue borrar el murmullo de los pájaros. Al moverse, abría una boca sin borde y dejaba pequeñas esquirlas de papel que se deshacían en el suelo. Sus patas no pisaban; tachaban. Tenía ojos... no, tenía huecos donde debían ir los ojos. Y, sin embargo, Paula supo que los miraba.

—No corráis —dijo Alonso sin alzar la voz—. Si corréis, él corre. Si nombráis, él piensa.

Paula sintió que la palabra más grande de todas le subía a la lengua.

—Palabra —dijo en voz clara.

El dragón vaciló. Su borde, hecho de márgenes, se hizo nítido por un latido. Paula levantó la Lupa. A través del cristal, vio letras pegadas a sus flancos: la, de, un, y. Pequeñas, cortas, imprescindibles. Las palabras que unen.

—Come conectores —se dio cuenta—. Palabras puente. Por eso los textos se caen y quedan huecos.

Sergio tocó el bolsillo: el Plumín seguía frío. No podían escribir nada. Don Hilario había sido claro. Voz y lupa.

—Si come puentes —dijo—, tiéndele uno. Uno grande.

—¿Un poema? —propuso Daniel, temblando pero decidido.

Alonso sonrió como quien ve salir el sol entre nubes.

—Un poema.

El caballero se cuadró. Los monjes en las galerías, que habían salido sin ruido, se unieron como si fueran una sola garganta. Paula, Sergio y Daniel respiraron a compás. Y Alonso comenzó, golpeando la piedra con el pie como quien marca el ritmo de un corazón:

—“Palabra es casa, pan y mesa. Palabra es puente sobre el río. Si falta el y, no hay corriente. Si falta el de, ¿dónde es mío?”

Los monjes respondieron en eco, llenando el claustro de música suave. Paula sintió la tentación de añadir. Quiso decir “si falta el con, yo no me uno”. Y lo dijo. Su voz se sumó como una piedra más al puente.

El dragón se detuvo, confundido por la comida tan fácil. La blancura de su cuerpo dejó ver por un instante escamas de pergamino con letras minúsculas que chisporroteaban. En los huecos de los ojos apareció una pupila hecha de dos puntos:

:

—Está mirando —susurró Daniel.

Sergio habló sin pensar, como siempre, pero esta vez bien:

—No te queremos sin más —dijo—. Pero tampoco te queremos enemigo. Si tienes hambre, come con nosotros. No lo nuestro. Lo tuyo. —Se tocó la lengua—. Te damos palabras, pero las leemos. Te las damos leídas, no robadas.

El dragón abrió la boca blanca. El aire se hizo helado, como un frigorífico. La columna blanca se estremeció. Y entonces, como si algo le hubiera tirado de la cola, el monstruo giró la cabeza hacia el cielo del claustro. Sobre sus cabezas, entre arcada y arcada, una grieta finísima se abría, mostrando estrellas frías sobre metal. No era el cielo del amanecer. Era otra cosa.

—No le gusta que nosotros mandemos —murió en voz baja Alonso—. Se marcha cuando la mesa la ponemos nosotros.

La grieta se abrió como un ojo mecánico. Del otro lado se adivinaba un pasillo de metal y luz blanca, muy blanca, con puertas lisas y números rojos. Un zumbido como de motores cantaba bajo el silencio.

—Ciencia ficción —dijo Paula, acordándose de las chispas plateadas en el Pasillo de los Géneros.

El dragón saltó. No voló: se editó hacia arriba, como si alguien apretara “cortar” y “pegar”. Atravesó la grieta sin rozarla. Detrás de él quedó un remolino de hojas que olían a nada.

—¡No! —exclamó Daniel, y el grito se convirtió en vaho.

Alonso de la Bruma guardó silencio. Sus ojos grises decían muchas cosas: gratitud, promesa, camino.

—Lo habéis visto —dijo—. Lo habéis visto. Eso cambia el juego. Si queréis volver, tenéis casa aquí —se tocó el pecho—. Pero vuestro camino ahora sigue a través de esa grieta, ¿verdad?

Paula asintió. Miró el marcapáginas Nudo Azul; latía firme.

—Volveremos —prometió—. Y traeremos de vuelta lo que se llevó. —Miró a los monjes—. Leeremos más alto.

El caballero inclinó la cabeza, solemne.

—Los que leen alto, en grupo, sostienen techos que no se caen. Id con cuidado. La luz blanca cansa los ojos. No dejéis que os quite el color.

El jardín respiró. Los laureles rozaron las losas con un susurro que sonó a aplauso. El scriptorium, al otro lado, olía a pan reciente otra vez. En uno de

los pergaminos, donde antes había un hueco perfecto, apareció una palabra diminuta como un brote: y.

Paula sonrió sin darse cuenta.

—Funciona —dijo—. Leer devuelve.

El Reloj de Tinta —el que nadie veía allí pero todos sentían— dejó caer una letra en el fondo de su reloj. Quedaba noche, sí, pero ya no tanta.

—Tenemos que irnos —apremió Sergio, mirando la grieta.

Daniel apretó el marcapáginas bajo la palma. Regreso, le recordó con el pulso. Y luego valor.

—Juntos —dijo Paula, con una tranquilidad nueva.

—Juntos —repitieron los otros dos.

Alonso les tendió la mano. En su palma había un círculo de metal sencillo, sin marcas.

—Mi anillo de guardia —explicó—. No corta ni pincha. Pero recuerda la frase que me sostiene cuando la niebla tapa el camino. Si lo giráis, la frase suena en vuestra cabeza. Os hará compañía si la luz blanca os silencia. Devolvedlo... cuando todo esto vuelva a pesar lo que tiene que pesar.

Paula tomó el anillo. Frío, liso, firme. Lo guardó junto al marcapáginas. El caballero les sostuvo la mirada a los tres, uno por uno, como anotando su nombre en un registro invisible.

—Que las palabras os hagan escudo —dijo—. Y que el silencio os haga lugar para escucharlas.

Se alzaron sobre la primera grada del claustro y miraron la grieta. Era del tamaño justo para que pasara un niño... o tres niños y un sueño. Del otro lado, un pasillo plateado esperaba con puertas lisas y números rojos que cambiaban sin parar.

—“Estrellas de Acero”, “Puertas de Vacío”, “Bitácora de Navegación”... —leyó Paula, porque en el borde de la grieta las palabras estaban escritas como señales.

—La nave —sonrió Sergio, nervioso y emocionante a la vez—. Vamos a perseguir a un dragón en una nave.

—Y a devolverle un Tesoro a un capitán en cuanto podamos —añadió Daniel, con la cara un poco menos asustada.

Paula respiró una vez más el olor a tinta y pan. Luego, dio un paso hacia la luz blanca. Sergio y Daniel, a su lado. El anillo de Alonso, en el bolsillo; Nudo Azul, latiendo; el Plumín, dormido pero ahí; la Lupa, caliente como una lámpara de mano.

Subieron.

Y al cruzar, el mundo de piedra y pergamo quedó atrás, sostenido por voces que recitaban bajito. La Biblioteca Secreta, sin moverse, los siguió con

el pensamiento. Don Hilario, en otra sala, cerró un libro con cuidado y dijo, solo para sí:

—Bien. Que aprendan a nombrar la luz.

Del otro lado, bajo luces frías y un rumor de motores, una sombra blanca avanzaba dejando su firma de comillas. Los esperaba un pasillo largo, un mapa que se dibujaba con líneas verdes y una puerta donde una pantalla decía con letras grandes: DECK A-3 — ARCHIVO DE NAVE.

Paula sonrió de lado.

—Archivos —susurró—. Donde hay archivos, hay palabras.

—Y donde hay palabras... —Sergio apretó los puños.

—...no habrá dragón dueño —terminó Daniel—. Habrá un dragón con hambre.

Y avanzaron, sin correr, nombrando.

6. El Dragón de las Palabras



El pasillo olía a metal frío y a aire recién filtrado. Las luces del techo zumbaban con un ronroneo eléctrico que hacía cosquillas en los oídos. En la pared, un letrero luminoso parpadeaba en rojo: DECK A-3 — ARCHIVO NAVE.

Faltaba algo en medio: la palabra de se había desvanecido, dejando un hueco como una muela arrancada.

—Empieza aquí —susurró Paula, levantando la Lupa de los Detalles.

A través del cristal, las letras no solo se veían: respiraban. Vio cómo el borde del hueco latía, minúsculo, como si acabaran de morderlo. Comillas diminutas pisaban el suelo y se perdían en la esquina.

—Conectores —dijo, apretando la Lupa—. Se come los puentes: de, y, con...

—Que no cunda el pánico —intentó bromear Sergio, aunque tragó saliva—. Somos tres y tenemos un marcapáginas que late como loco.

El anillo de Alonso, en el bolsillo de Paula, vibró apenas. Ella lo giró con los dedos. Una frase suave, como pan calentito, le sonó en la cabeza: “Si la niebla tapa el camino, nombra el suelo que pisas.”

—Suelo, pared, puerta —dijo Paula, en voz clara.

—Barandilla, luz, pasillo —se unió Daniel.

—Archivo, mapa, regreso —añadió Sergio.

Las palabras, al ser dichas, parecían atornillar el mundo a su sitio. El cartel rojo dejó de parpadear un segundo y, aunque la palabra de no volvió, el resto se afirmó, tertamente, como quien se planta.

Una compuerta se abrió a la derecha con un suspiro: ARCHIVO CENTRAL. Dentro, una sala amplia, blanca como un cuaderno nuevo, con columnas de cristal que contenían... no libros, sino cubos de luz con letras flotando dentro. Cada cubo mostraba un título: Bitácora de Navegación 1, Inventario de Equipo, Diario del Capitán, Mapa Estelar...

—Guau —dijo Daniel—. Aquí guardan las palabras de la nave.

No estaban solos. En una esquina, medio oculto tras una columna, algo se movía. Paula enfocó con la Lupa y vio dos puntos verdes que titilaron como ojos. Se oyó un bip tímido.

—Hola... —dijo Paula, bajando la voz—. ¿Hay alguien?

De detrás de la columna salió rodando una máquina pequeña, con ruedas de goma y un cuerpo redondo del tamaño de una mochila. Tenía una pantalla con dos puntos y una línea que hacían de cara. Llevaba pegatina: PIP-3 —Mantenimiento Lingüístico.

—bip-bip... ¿lectores? —preguntó la máquina, como si no se atreviera a creerlo.

—Lectores —confirmó Sergio—. Venimos de muy lejos y muy cerca.

La pantalla de PIP-3 dibujó una sonrisa.

—bip... entonces sabréis qué hacer con el error.

—¿Qué error? —preguntó Daniel.

PIP-3 proyectó en el aire una lista. Algunas palabras estaban borrosas, otras tenían agujeros, otras se habían convertido en rectángulos blancos. de,

y, con, para, hacia... todas las pequeñas grandes palabras.

—El dragón —dijo Paula.

El robot hizo un pitido cortito, nervioso.

—Se alimenta en silencio. Deja los archivos como queso con agujeros. Después, puertas no entienden órdenes. Mecanismos no saben a qué ni con qué. Y un día... —la voz bajó de tono— ... un día se olvidará la palabra gravedad.

—Qué exagerado —intentó reír Daniel, pero justo entonces el suelo les hizo la broma de moverse hacia arriba.

Up.

O ellos bajaron. O la gravedad se fue a tomar un zumo.

Por un segundo, quedaron flotando. El estómago les subió a la garganta; los pies patalearon en el aire. PIP-3 giró sobre sí mismo como una peonza asustada.

—¡Gravedad! —gritó Paula, y no pasó nada.

—¡GRAVEDAD! —repitió Sergio a pleno pulmón.

—Suelo, suelo, suelo —añadió Daniel, apretando los ojos.

El anillo en el bolsillo de Paula vibró como una campanita. “Nombra lo pequeño primero, y lo grande vendrá.” Ella entendió.

—Zapato, pie, cordón, suela... —dijo, casi riendo de nervios—. Calcetín, suelo, peso.

Algo hizo clic. Como si una palabra cayera justo en su sitio. Plaf. Los tres cayeron despacio, como plumas obedientes, hasta tocar el suelo otra vez.

—Bien —resopló Sergio—. Añadid a la lista: no dejar que se coma peso.

PIP-3 volvió a sonreír con su línea en la pantalla. Luego se puso serio.

—El rastro lleva al núcleo de voz. —Proyectó un plano: líneas verdes para los pasillos, rojas para las zonas en emergencia—. Si el dragón borra verbos, la nave no hace. Si borra conectores, la nave no entiende. Núcleo es cerebro de órdenes.

—Pues al núcleo —decidió Paula.

La puerta del archivo no se abrió. En su marco, donde decía AUTORIZACIÓN POR VOZ, alguien había mordido la palabra por. AUTORIZACIÓN VOZ. La máquina esperaba un orden que no sabía cómo escuchar.

—A ver... —Sergio carraspeó—. Abrir puerta.

Nada.

—Con voz —probó Daniel, y la puerta tampoco contestó.

PIP-3 parpadeó.

—Probad letras.

Paula acercó la Lupa. En el borde del sensor había una línea casi invisible: un poema de bienvenida, microescrito, que decía cómo abrir. Pero faltaban dos palabras.

—Podemos... cantar —propuso, recordando el claustro.

Se miraron. A la de tres, cantaron despacito, como si arropasen a un bebé:

—Con permiso, por favor, puerta escucha nuestra voz...

Las dos palabras colaron como piezas perfectas. El sensor se iluminó de azul. Fiuuuu. La compuerta se abrió.

—Me voy a acostumbrar a esto de cantar —sonrió Daniel—. Funciona.

Avanzaron por un corredor angosto. Las paredes estaban limpias como dientes recién lavados. Detrás de una ventana, motores brillaban como estrellas encerradas en jaulas. Todo zumbaba. Nadie. Ni un humano. Solo la nave respirando.

El Núcleo de Voz era una sala circular con un pedestal en el centro y un aro de luces alrededor, como un columpio de feria flotando. Encima del pedestal, un cilindro transparente lleno de ondas: ondas que subían y bajaban al ritmo de las palabras de toda la nave. Un cartel: INTERPRETADOR LINGÜÍSTICO.

Y, en el borde del cilindro, marca blanca. Un bocadito perfecto.

—Está aquí —susurró Paula.

El aire se puso frío. No como un aula en invierno, sino como cuando abres un congelador y te da en la cara un golpe de nada. Una sombra delineó el hueco de una boca, no negra ni gris: blanca. Del borde de esa blancura cayeron tres copitos de papel que se deshicieron antes de tocar el suelo.

—Quietos —dijo Paula, más a sí misma que a los demás.

El dragón no rugió. Hizo algo peor: quitó el zumbido de los motores. Por un segundo no hubo sonido en absoluto. Ni respiración de nave, ni pitido de PIP-3, ni cosquilleo en los oídos. Nada.

El anillo en el bolsillo pareció hacerse más pesado. Paula lo giró, pidiendo ayuda. La frase volvió, clara: “Si el silencio grita, responde con un puente.”

—Puente —dijo Paula.

—Y —añadió Sergio.

—Con —remató Daniel.

La nada dio un paso atrás. Volvió el zumbido, delgado, tímido. El dragón retrocedió lo justo para verse un poco: a través de la Lupa, Paula distinguió escamas de tiras de página con letras cortas pegadas aquí y allá. En los huecos de sus ojos brillaron dos puntos :

—Nos mira —susurró Daniel.

—No somos tu comida —dijo Paula, con la voz más firme de toda su vida—. Pero te podemos dar mesa. Palabras leídas, no robadas.

El dragón ladeó la cabeza de blancura. No tenía cejas, pero se notó que fruncía una duda.

PIP-3 se acercó rodando, valiente a su manera.

—bip... propongo menú. —Proyectó en el suelo un círculo de luz con palabras puentecito: y, de, con, para, entre, hacia, por, según... —. Lectores, leed.

Se colocaron alrededor del círculo. Paula notó el latido de Nudo Azul en el bolsillo. El Plumín Domador, en el de Sergio, seguía frío. Bien. Hoy no escribirían.

—Uno, dos, tres... —marcó Paula.

Leían lento, claro, juntos:

—Y, de, con, para, entre, hacia, por, según...

El dragón se acercó al círculo con precaución. Abría la boca blanca, y cada vez que lo hacía, una palabra saltaba como una rana de tinta y caía en su interior. Pero no se borraba del suelo: se duplicaba, como si al leerla la repusieran.

—Funciona —dijo Sergio en un susurro emocionado—. Le damos y no quitamos.

El dragón avanzó un paso más. PIP-3 cambió el menú y puso palabras que atan frases: aunque, porque, cuando, mientras. El aire se templó. Volvió incluso un ruido que no sabían que echaban de menos: un tic-tac lejano de relé contento.

Paula levantó la Lupa. En una escama del dragón se había pegado la palabra y como una pegatina. En otra, con. Se le estaba poniendo la piel... de lectura.

—Si podemos... —empezó Daniel—. Si podemos alimentarlo así, ¿nos seguirá en vez de esconderse?

—Quizá se quede aquí, ayudando —se esperanzó Sergio—. Sería el dragón de la sintaxis.

El dragón se paró en seco. Los dos puntos de sus ojos parpadearon. Algo, un olor o un sonido, le había llamado desde fuera. Una vibración corrió por el suelo. Pam. Pam. Como pasos gigantes... pero no eran pasos. Eran puertas que se abrían a la vez, golpe de vacío en cadena.

En la pared se encendió un mapa: RUTA DE EMERGENCIA – PASARELA ESTELAR. Una línea se dibujó, verde primero, luego blanca, luego... en blanco. El dragón miró la ruta de la misma forma que un gato mira una ventana abierta.

—Se va —dijo Paula.

—¡Espera! —Sergio dio un paso—. Te damos más. Quédate.

El dragón giró la cabeza. Sus ojos de dos puntos parecieron ponerse tristes. O hambrientos de otra cosa. Con un salto que no fue salto —más bien un cortar y pegar—, se colocó junto a la pared, donde una puerta oval brillaba. La puerta decía AIRE. Pero la E estaba medio comida.

—No le dejéis salir por el aire —dijo Daniel con prisa—. Se nos va al espacio.

PIP-3 lanzó un bip de alarma.

—Activando Cierre de Seguridad... —y no pasó nada—. Falta de.

—Con de —cantó Paula, apuntando al panel.

—Y cerrar —añadió Sergio.

—Para ahora —terminó Daniel.

El panel titiló, dudó... y cerró. Clonk. La puerta se quedó sellada. Por un segundo, el dragón se quedó sin salida. Giró hacia el mapa, se editó hasta la consola y, con la rapidez de quien muerde una galleta, le quitó a la ruta de emergencia la palabra segura. La línea dejó de ser verde y se volvió un camino en blanco que atravesaba las cubiertas.

—Ha hecho un... —Sergio buscó la palabra—. Un atajo.

—Nos quiere lejos —dijo Paula, sin enfado—. O... nos quiere tras él.

—Entonces iremos —decidió Daniel, que ya no temblaba tanto—. Pero no ahora. Mirad el reloj...

No había reloj, pero dentro de ellos sí. Una letra imaginaria caía: plin. La hora de la Biblioteca no perdona.

PIP-3 notó que se miraban de ese modo.

—¿bip... os vais?

—Volveremos —prometió Paula—. ¿Puedes dejarnos su ruta?

El robot proyectó un registro. Coordenadas desfilaron como hormigas ordenadas: CR-YS TAL. PIP-3 tradujo:

—Planeta de Cristal. Archivo minero. Se alimenta de señales de eco. Allí, un hueco es contagioso.

Paula guardó el registro en Nudo Azul. El marcapáginas lo absorbió como quien guarda una semilla. PIP-3 les ofreció una cosita redonda como una galleta:

—Baliza de Lectura. Si la activáis, yo escucho. Puedo... contaros historias para que no falten.

Sergio la tomó con gratitud.

—¿Vienes? —preguntó Daniel al robot.

La pantalla dibujó un corazón-pixel.

—No puedo salir del libro. Pero los lectores me traen. —Señaló Nudo Azul—. Me llamáis... y bip.

El dragón, viendo que no lo perseguían por la ruta en blanco, dio un último mordisquito a la palabra salida en una esquina de la consola —como firma— y se despegó de la sala. No corrió ni voló: se volvió margen que se desliza por el pasillo. Desapareció.

El zumbido de los motores volvió con fuerza, como un suspiro aliviado. Las luces dejaron de parpadear. En el cilindro de ondas, las curvas se hicieron

regulares, bonitas, como renglones bien escritos.

—Hemos aprendido algo —dijo Paula—. No es solo dientes. Es hambre. Y el hambre se puede cuidar.

—Y hemos conseguido esto —añadió Sergio, mostrando el registro—: camino al Planeta de Cristal.

—Y yo he conseguido que no se me suba el estómago a la boca cuando floto —rió Daniel, ya suelto del todo.

PIP-3 pitó, despedida y promesa.

—bip... Volved antes de que a la nave se le olvide la palabra vuelta.

Nudo Azul latió dos veces, urgente. El Regreso llamaba. Se despidieron, caminaron hacia la compuerta, repitieron como un conjuro con por para para que se abriera, y volvieron al Archivo Central.

—¿Podemos dejar algo leído? —preguntó Paula, mirando los cubos de luz.

—Un cuento corto —propuso Sergio.

Daniel carraspeó, adoptó voz de presentador:

—“Había una vez tres palabras pequeñas que sostenían un puente enorme. Un día vino un viento fuerte y las quiso tirar. Pero tres amigos las leyeron en voz alta y entonces... el puente aprendió a sostenerse solo.”

El cubo de Diario del Capitán emitió un brillo cálido. Paula sonrió. Leer deja semilla.

Caminaron hacia la salida. El pasillo ya no daba miedo: era un pasillo con nombre. Pasillo, luz, puerta, regreso.

La compuerta al mundo de la Biblioteca apareció casi con timidez, como un dibujo a lápiz que se entinta de pronto. Don Hilario estaba al otro lado, con los ojos brillantes y la bata llena de marcapáginas. El Reloj de Tinta dejaba caer una letra U que parecía una sonrisa.

—¿Y bien? —preguntó el guardián.

—No le hemos clavado nada —dijo Sergio—. Le hemos dado de comer.

—Y nos ha regalado su ruta —añadió Daniel—. Planeta de Cristal.

Paula mostró Nudo Azul, que guardaba el registro como una luciérnaga.

—Podemos seguirlo, pero mañana. Hoy nos queda lo que nos queda.

Don Hilario asintió.

—Mañana habrá noche. Y lectores. —Su sonrisa tenía un punto de orgullo—. Habéis entendido lo esencial: con algunos monstruos se pelea con espada. Con otros, con mesa puesta.

—También ha intentado escaparse por el aire —dijo Daniel—. Casi nos deja sin palabra gravedad.

—El aire siempre está lleno de palabras —replicó el guardián—. A veces olvidamos que se oyen aunque no se vean.

Se apartó para dejarles pasar. La Biblioteca olía a tinta y a pan, como siempre. El Pasillo de los Géneros susurró con sus luces. El Reloj de Tinta dejó caer una L.

—Dormid —dijo Don Hilario—. Mañana necesitaremos ojos frescos para el cristal.

—Y la baliza —recordó Sergio, enseñando la galletita que PIP-3 les había dado—. Si la encendemos, nos contará historias para que no falten.

—Eso hacen los amigos —dijo el guardián—. Contar historias cuando faltan.

Cuando cruzaron de vuelta, Paula se detuvo un segundo en la puerta, miró el libro de la nave, y —solo para ella— dijo en voz baja:

—Gracias.

El libro respondió con un leve olor a ozono y a algo dulce, como si un robot hubiera horneado galletas.

Ya en el vestíbulo, el sueño les cayó encima como una manta. El reloj dejó la última gota y dibujó un punto. Las luces bajaron. Los marcapáginas se acomodaron sobre sí mismos como pájaros en ramas.

Paula, antes de quedarse dormida del todo, oyó la frase del anillo de Alonso en su cabeza, acomodándose como una almohada:

“Si la niebla tapa el camino, nombra el suelo que pisas.”

Y sonrió, porque suelo, pared, puerta ya eran palabras que sabían llegar solas.

Muy lejos, entre estrellas y silencio mineral, el Planeta de Cristal hizo tintinear sus montañas como copas de vidrio. Algo blanco, ávido y curioso, dejó huellas de comillas en una duna transparente y miró al cielo buscando lectores.

7. Perdidos en el espacio



El cambio fue brusco. Don Hilario abrió el libro azul plateado con letras que decían “Crónicas del Planeta de Cristal”, Paula colocó Nudo Azul con firmeza y, al leer la primera frase en voz alta, el suelo desapareció bajo sus pies.

El aire golpeó seco, cortante, con olor a hielo y polvo de vidrio. Cuando abrieron los ojos, ya no estaban en la Biblioteca.

Estaban en un desierto de cristal.

El suelo brillaba como millones de espejitos rotos, aunque al pisar no cortaba: era firme, tibio, sonoro. Cada paso hacía clin-clin como campanillas. Montañas enteras se alzaban como gigantescos prismas transparentes que reflejaban mil colores del sol doble que colgaba en el cielo. Había lagos de cuarzo líquido que parecían espejos vivos.

—¡Guau! —fue lo único que logró decir Daniel, girando sobre sí mismo.

—Parece que andamos dentro de una lámpara gigante —añadió Sergio, deslumbrado.

Paula alzó la Lupa. Los cristales no eran solo rocas: en sus superficies danzaban sílabas atrapadas, como insectos en ámbar. Algunas brillaban débiles: con, de, y.

—Aquí también se alimenta —susurró Paula—. Se está comiendo las palabras del propio mundo.

Nudo Azul latió en su bolsillo, caliente como un corazón apurado. La ruta que había guardado desde la nave se desplegó en el aire: una línea de puntos luminosos que conducía hacia el norte, entre las montañas.

—Pues seguimos la ruta —decidió Sergio, con paso decidido.

Caminaron un buen rato. El sol doble quemaba pero no quemaba; era como estar bajo dos linternas gigantes. El aire vibraba con sonidos extraños, como si alguien pasara páginas invisibles sin parar.

En un recodo, se toparon con una sorpresa: un robot minero semienterrado en cristales, con brazos como grúas y un visor apagado. Al verlos, se encendió con un destello azul.

—Unidad PIP-4 activada —dijo con voz metálica—. ¿Autorización?

Paula se miró con sus amigos, dudando. Entonces recordó la galletita que PIP-3 les había dado: la Baliza de Lectura. La sacó y la alzó.

La galleta emitió un pitido, y de pronto, en la pantalla de PIP-4, apareció la carita sonriente de PIP-3.

—bip-bip ¡Lectores! He conseguido colarme por el protocolo minero. ¡Ahora puedo ayudaros desde aquí!

Daniel aplaudió, aliviado.

—Menos mal, porque me siento muy, pero que muy perdido.

—No os preocupéis —dijo PIP-3 desde el cuerpo de PIP-4—. Los ecos de cristal guardan pistas. Pero cuidado: donde hay eco, también puede haber... blanco.

Avanzaron juntos. Las montañas de cristal emitían sonidos al viento, como flautas lejanas. Cada vez que gritaban una palabra, el eco respondía distorsionado:

—“¡Hola!” ... “¡Ola!” ... “¡La!”

—Nos imita, pero mal —se dio cuenta Sergio.

—Porque el dragón ya mordió parte del eco —explicó PIP-3.

En una grieta entre dos prismas hallaron huellas frescas: comillas que se abrían y cerraban en el suelo, más grandes que antes.

—Está cerca —dijo Paula.

Siguieron el rastro hasta una explanada redonda, como un escenario natural. Allí, un círculo perfecto en blanco se abría en el cristal, como un agujero de nada. Dentro no se veía reflejo, ni eco, ni color: solo vacío.

El dragón estaba allí.

Se erguía, blanco sobre blanco, casi invisible salvo por el borde de comillas que se cerraban y abrían, y por sus ojos de dos puntos. Miraba a los tres niños como quien examina una palabra que no entiende.

El aire se calló. Ni un eco. Ni un clin-clin.

Paula apretó la Lupa. Vio que las escamas del dragón tenían ahora frases enteras, mordisqueadas: y sin embargo, aunque, para siempre. Palabras puente.

—Nos está robando los lazos —dijo Paula—. Si los pierde, todo se queda aislado, sin unión.

—Como islas sueltas —añadió Daniel.

Sergio dio un paso adelante.

—¡Eh, tú! —le gritó al dragón—. No eres dueño. Solo tienes hambre. ¡Si quieres comer, lo hacemos juntos!

El dragón ladeó la cabeza.

Paula pensó en lo que habían hecho en la nave.

—Leamos —dijo—. Si llenamos de palabras este eco, no podrá borrarlas todas.

Abrió la Baliza. PIP-3 proyectó una lista luminosa sobre el suelo: aunque, además, todavía, siempre, mientras, juntos, contigo, entre, desde...

Los tres se tomaron de la mano y empezaron a leer en voz alta.

—Aunque, además, todavía, siempre...

El eco respondió. No distorsionado, sino fuerte y claro. El sonido rebotó en las montañas de cristal, multiplicándose en cien, mil voces. El vacío del círculo se encogió.

El dragón reculó. Sus ojos de dos puntos se estrecharon como dos comillas cerradas.

Entonces rugió sin sonido y se lanzó hacia ellos.

Daniel chilló, Paula apretó la Lupa, Sergio alzó el Plumín aunque estaba frío. Pero justo antes de alcanzarlos, el dragón se detuvo.

Del otro lado de la explanada había surgido una figura inesperada: un niño de su edad, pero hecho de luz. Tenía cuerpo transparente, como cristal, y en su pecho brillaba una palabra escrita: Eco.

—No le tengáis miedo —dijo con voz de mil voces—. Yo soy la palabra que queda cuando se van todas las demás. Soy el eco. Y también tengo hambre.

El dragón lo miró fijamente. Por un instante, sus ojos de dos puntos parecieron volverse redondos, como puntos suspensivos...

Y el suelo tembló. El círculo blanco se abrió más, amenazando con tragárselos a todos.

—¡Nombrad! —gritó PIP-3—. ¡Rápido, cualquier cosa que veáis!

—Cristal, suelo, montaña, luz —dijo Paula.

—Amigos, eco, robot, ruta —añadió Sergio.

—Puente, marcapáginas, regreso —completó Daniel.

Las palabras tejieron un borde alrededor del vacío, frenando su crecimiento. El dragón retrocedió dentro del círculo, miró a los tres niños, al eco luminoso, y con un salto se hundió en el blanco.

Silencio.

El eco niño suspiró y se desvaneció en mil voces que rebotaron entre las montañas.

Paula cayó de rodillas, exhausta.

—Se nos escapó otra vez...

PIP-3 rodó hasta ellos y proyectó un nuevo mapa. En él, una coordenada titilaba.

—No se ha ido lejos. Ha bajado a las cuevas de resonancia. Allí, cada palabra pronunciada puede repetirse... o borrarse para siempre.

Daniel se estremeció.

—¿Y si nos borra a nosotros?

Paula levantó la Lupa, decidida.

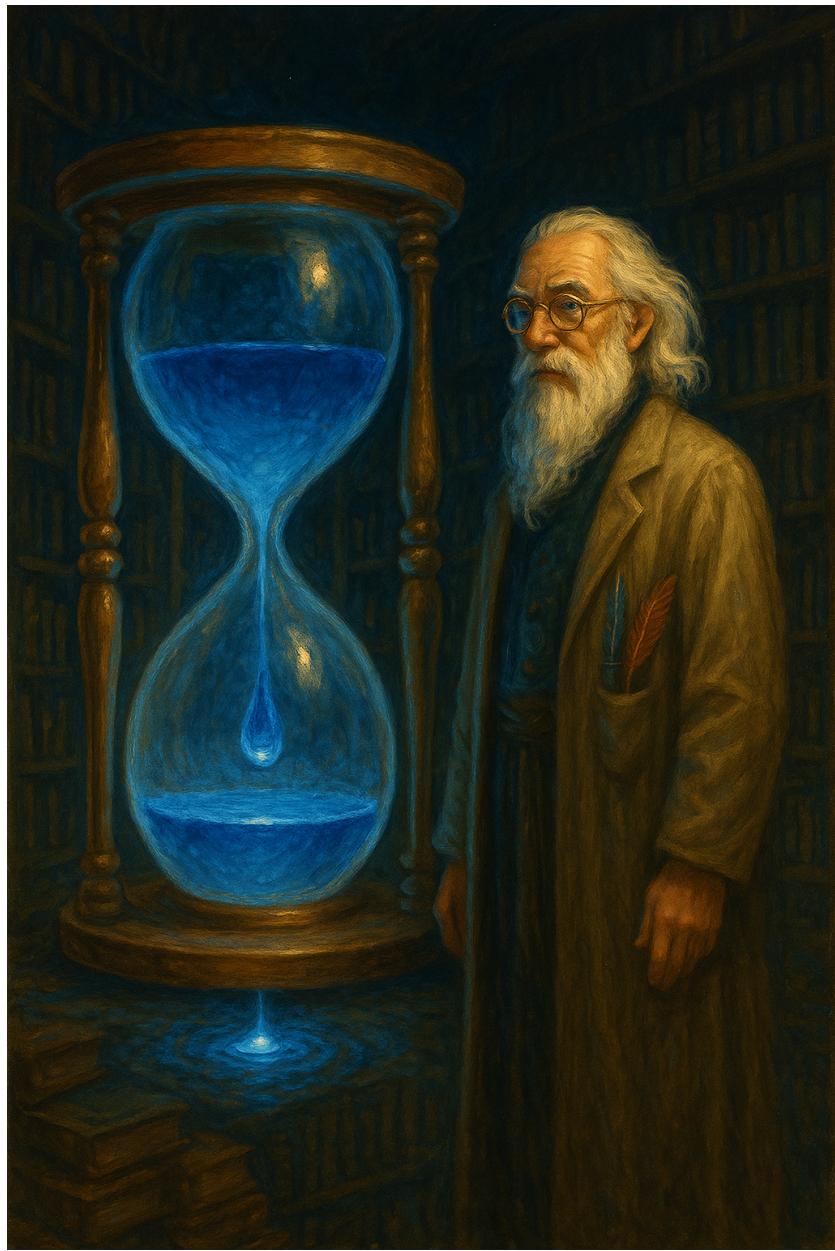
—Entonces leeremos más fuerte.

El Reloj de Tinta, muy lejos en la Biblioteca, dejó caer otra letra: una C. La medianoche se consumía poco a poco.

Y los tres amigos, con PIP-3 guiándolos, se adentraron en el desfiladero que llevaba a las cuevas.

El suelo de cristal sonaba como un libro que espera ser abierto.

8. El regreso inesperado



Las montañas de cristal resonaban con un zumbido grave. Cada paso que daban Paula, Sergio y Daniel hacía que el suelo respondiera con ecos metálicos que parecían repetir no sus pisadas, sino sus pensamientos.

—Estoy cansado... —murmuró Daniel.

El eco repitió: Cansado... cansado...

—Genial, ahora hasta las piedras se burlan de mí —gruñó.

—No son burlas —dijo PIP-3 desde la carcasa de PIP-4, rodando a su lado—. Son reflejos. Las cuevas de resonancia devuelven lo que sienten los que entran.

Paula tragó saliva.

—Entonces más nos vale pensar cosas bonitas.

—Helado de chocolate —dijo Sergio con una sonrisa.

El eco respondió alegre: Chocolate, chocolate, chocolate...

Por un segundo, todos rieron. El sonido llenó el pasadizo como campanas de cristal y, durante unos pasos, el miedo se hizo más pequeño.

Llegaron a la entrada de las cuevas: una grieta en la roca de cuarzo que bajaba en espiral. Desde dentro llegaba un aire frío, cargado de murmullos. Era como si cien voces distintas repitieran frases al azar: aquí... eco... sin... volver....

—No me gusta nada —dijo Daniel.

—A mí tampoco —admitió Paula—. Pero ahí está.

Se adentraron.

El interior era un laberinto de túneles iluminados por las propias paredes. Los cristales brillaban con luz interna y mostraban reflejos de cosas que no estaban ahí: un barco, una torre, un robot... eran recuerdos de los libros que ya habían visitado.

—Mira —dijo Sergio, señalando—. ¡El Corsario!

En un cristal cercano se veía al capitán Tormenta, aunque difuso, como si alguien lo hubiera pintado con humo. Estaba en cubierta, sujetando la brújula que habían reparado.

—Nos espera —susurró Paula.

El reflejo se deshizo como agua.

Siguieron avanzando hasta que el túnel desembocó en una sala enorme. El techo estaba tan alto que parecía desaparecer en la oscuridad. En el centro, un lago de cuarzo líquido reflejaba sus caras con retraso: sonreían un segundo después de hacerlo, movían la cabeza un instante más tarde.

Y en la orilla contraria, estaba el dragón.

Esta vez no se escondía. Tenía cuerpo alargado, hecho de frases arrancadas y márgenes en blanco. Las escamas eran fragmentos de páginas sueltas que se deshacían y se recomponían. En sus ojos de dos puntos brillaba una luz intensa, casi desafiante.

El silencio cayó como un peso.

Paula levantó la Lupa y habló con voz firme:

—No eres dueño. Solo tienes hambre.

El dragón inclinó la cabeza. Abrió la boca blanca y, del fondo, salió un eco horrible: Hambre... hambre... hambre... que rebotó en las paredes.

—Nos quiere borrar —dijo Daniel en un hilo de voz.

—Entonces no dejemos que lo haga —respondió Sergio, adelantándose—.
¡Leamos!

Sacó la Baliza de Lectura. PIP-3 la activó y proyectó palabras sobre el lago: juntos, puente, regreso, fuerza, esperanza.

Los tres empezaron a leer en voz alta.

—¡Juntos, puente, regreso, fuerza, esperanza!

El eco devolvió las palabras, multiplicadas, y el lago vibró. El dragón retrocedió un paso, molesto. Sus ojos de dos puntos parpadearon con furia.

Entonces rugió en silencio, y el lago empezó a borrarse. El reflejo de sus caras desapareció, quedando solo vacío blanco.

—¡Está borrando el espejo! —gritó Paula.

El dragón se lanzó.

PIP-3 chilló: —¡Usad el marcapáginas! ¡Ahora!

Paula sacó Nudo Azul, que latía con fuerza. Lo clavó en el aire como si fuera una bandera. El lago se iluminó y abrió un resplandor en el suelo: la puerta de regreso a la Biblioteca.

—¡Vamos! —gritó.

Corrieron. El dragón también.

Sergio fue el primero en saltar al resplandor, luego Daniel. Paula dudó un segundo: vio los ojos del dragón fijos en ella. No había odio, sino hambre infinita.

—Leeremos contigo —susurró—. Pero no puedes comérnoslo todo.

Saltó.

El resplandor la tragó y la Biblioteca apareció alrededor: estanterías, lámparas, olor a tinta y a pan caliente. Don Hilario estaba allí, esperándolos, con el reloj de arena que ya casi agotaba su tinta.

—¡Bien! —exclamó—. Habéis vuelto a tiempo.

Pero un segundo después, el resplandor tembló. Algo blanco atravesaba la puerta.

El dragón.

Saltó tras ellos. La sala se llenó de frío, y varias estanterías crujieron cuando una onda blanca las rozó, borrando los títulos de tres libros enteros.

Don Hilario extendió su bastón lleno de marcapáginas y golpeó el suelo.

—¡Atrás!

La Biblioteca rugió. Los libros de las estanterías se abrieron solos, lanzando frases luminosas como flechas. El dragón retrocedió, herido por las palabras que se le clavaban, pero no se deshizo.

—¡No podemos echarlo! —gritó Sergio.

—¡Entonces lo encerraremos! —respondió Don Hilario.

Sacó el viejo libro con candado que habían encontrado en el primer día. El candado brillaba con fuerza, pidiendo cerrarse sobre algo.

—¡Llevadlo hacia aquí! —ordenó.

Los niños, sin pensar, empezaron a leer a gritos cualquier palabra que encontraban a su alrededor.

—¡Página! ¡Amigo! ¡Historia! ¡Regreso! —Paula. —¡Puente! ¡Coraje! ¡Libro! —Sergio. —¡Risa! ¡Eco! ¡Palabra! —Daniel.

El dragón retrocedía, empujado por la marea de palabras. Don Hilario abrió el libro y el candado se abrió como una boca.

Con un rugido silencioso, el dragón fue absorbido hacia dentro. Sus ojos de dos puntos brillaron una última vez, y el libro se cerró de golpe.

Clac.

Silencio.

La Biblioteca respiró. Las estanterías dejaron de temblar. Las frases que volaban se posaron de nuevo en los libros.

Los tres amigos se dejaron caer al suelo, agotados.

—¿Se acabó? —preguntó Daniel.

Don Hilario acarició la tapa del libro con candado.

—Por ahora —dijo—. Pero nada que tiene hambre se queda quieto para siempre.

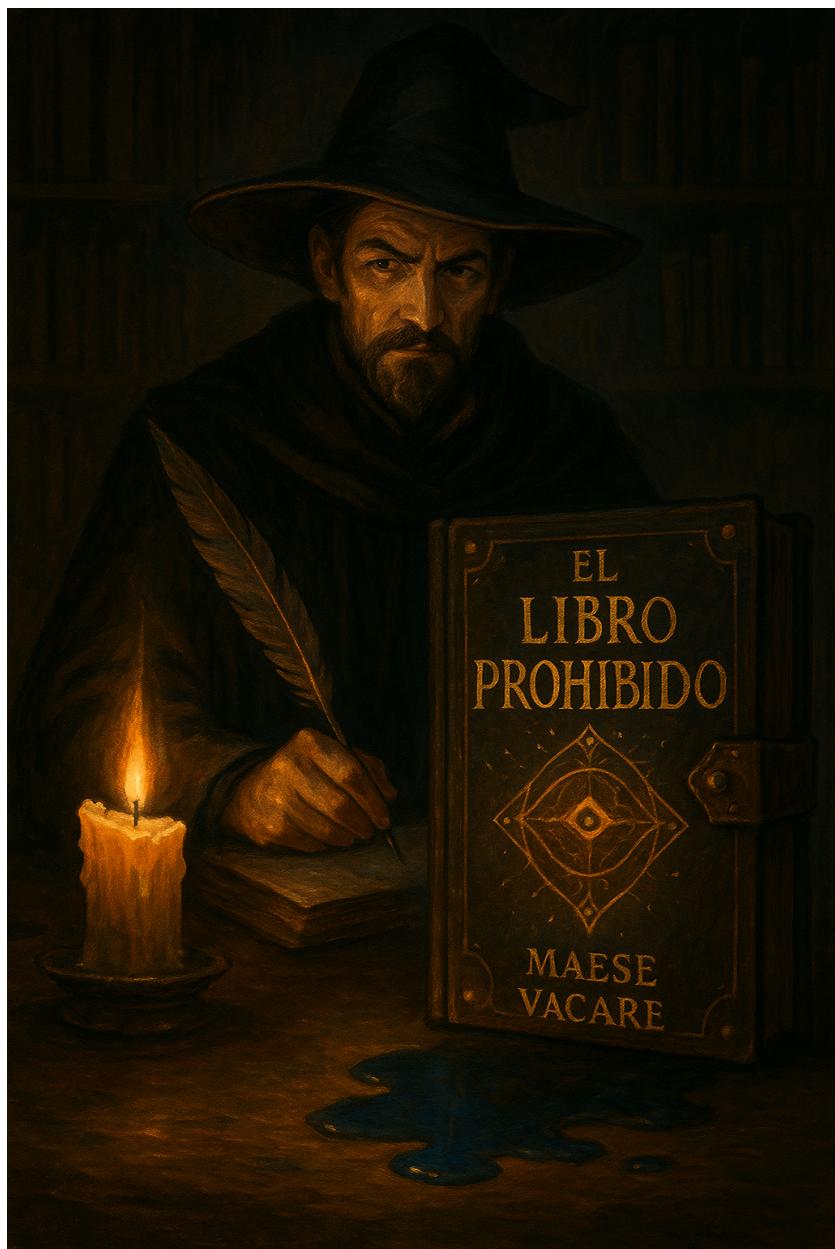
Paula miró a sus amigos, sudando y sonriendo.

—Entonces la próxima vez... leeremos más fuerte.

El reloj de tinta dejó caer la última gota. Un punto final.

Y la Biblioteca de Medianoche volvió a dormirse.

9. El libro prohibido



El silencio después del clac del candado no fue un silencio cualquiera. Era un silencio ordenado, de esos que huelen a pan recién hecho y a tinta seca. La Biblioteca pareció sentarse. Las lámparas bajaron un poco su luz, como si respiraran hondo después de una carrera.

Paula, Sergio y Daniel se miraron. Tenían el pelo alborotado, las mejillas rojas y las manos aún temblorosas. Don Hilario sostenía el volumen oscuro con ambas manos, como se sostiene a un gato que, aunque dormido, puede clavar las uñas en cualquier momento.

—No es un libro —dijo por fin, con la voz baja—. Es una cárcel.

Los tres dieron un paso más cerca. El cuero era de un negro muy viejo, casi color sombra. El candado, pequeño y frío, tenía tres ranuras diminutas, como si esperara tres llaves... o tres palabras.

—¿Cómo se llama? —preguntó Paula.

Don Hilario alzó el lomo a la altura de la lámpara. Entonces, como si la luz quitara polvo a la realidad, se vio un título apenas grabado, invisible un segundo antes:

EL FIN DE LAS PALABRAS

Daniel tragó.

—No me gusta nada ese nombre.

—A mí tampoco —admitió Sergio—. Suena a “no abrir nunca”.

Don Hilario asintió despacio.

—Ese es, de hecho, su instrucción principal. —Acarició el lomo con el pulgar—. Se escribió hace mucho, cuando un copista quiso atrapar el silencio para trabajar sin ruido... y terminó atrapando hambre. Un hambre con forma de dragón.

—¿Quién lo escribió? —preguntó Paula.

El guardián dubitó.

—En el colofón pone Nadie. Pero los antiguos nos enseñaron a leer entre líneas: Nadie es a veces la forma que usan los culpables cuando tienen vergüenza. —Se encogió de hombros—. Otros lo llaman Maese Vacare: el que quiso dejarlo todo vacío.

El libro, como si le molestara oír su historia, dejó escapar por el canto un suspiro frío. El candado palpitó una vez, con brillo pálido.

—Vamos a guardarlo —decidió Don Hilario—. Y vamos a curar los daños de hoy.

Los llevó por un corredor que nunca antes habían visto. Las paredes estaban forradas de cartón gris, cosido con hilo rojo, y olía a cola de encuadernar y a madera. En la puerta, un rótulo: Taller de Encuadernadores. Dentro, mesas de trabajo con cuchillas, prensas, agujas, briquetas de cera. Y, ocupando media pared, un armario con cajones rotulados: Guardas azules, Tarlatana, Hilo, Cintas de cierre, Papel japonés.

—La Biblioteca se cura leyendo —explicó el guardián—. Pero a veces también se cura cosiendo.

Colocó “El fin de las palabras” en una cuna de madera que abrazaba el lomo sin forzarlo. Luego hizo un gesto a los niños para que se acercaran a otra

mesa. Había tres libros abiertos con mordiscos limpios en mitad de frases.

—Hoy repondréis puentes —dijo, repartiendo tareas—. Paula, los y. Sergio, los con. Daniel, los de. —Les puso delante tres tinteros mínimos, del tamaño de una uña—. Es tinta de lectura. No se escribe con pluma. Se escribe en voz.

Sergio sonrió.

—Eso sabemos hacerlo.

Se inclinó sobre el primer hueco. Donde debía poner con, el papel era blanco transparente, casi como cristal. Sergio se aclaró la garganta, bajó el tono y dijo:

—Con.

La tinta de la palabra resonó un instante en el aire, como una nota musical, y cayó sobre el hueco rellenándolo sin manchar. La línea volvió a ser línea. La frase, frase.

—¡Magia! —susurró Daniel.

—No —lo corrigió Paula, contenta—. Lectura.

Daniel fue al suyo. El de parecía pequeño, pero cuando se agachó notó que el hueco pesaba. Dio un golpe al aire con el dedo, como quien clava una chincheta invisible, y dijo:

—De.

El hueco exhaló, ligero. El libro suspiró.

Paula, en el suyo, encontró un y robado entre dos nombres propios. Su “y” salió más dulce de lo que esperaba, quizá porque estaba pensando en sus amigos (y en el anillo del caballero, y en Nudo Azul). El puente volvió a unir.

Cuando terminaron, los tres libros cerraron sus páginas con satisfacción. Don Hilario aplaudió sin ruido, como aplauden los que cuidan.

—Bien. —Se acercó a la cuna y miró el volumen negro—. Ahora vosotros me cuidaréis a mí.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Sergio.

—Trasladarlo a la Cámara de Custodia. Y mientras, no dejéis de nombrar. El dragón, aunque encerrado, intentará borrar alrededor para abrirse camino.

Daniel abrió los ojos como platos.

—¿Puede hacer eso desde dentro?

—Puede soplar blanco —dijo el guardián—. Un aliento de nada. No es fuerte, pero si encuentra silencio y descuido, hace agujero.

Se repartieron: Paula sostuvo la cuna por un lado, Sergio por el otro, Daniel abrió y cerró puertas con un paso de baile (había decidido ser útil sin dejar de tener miedo). Don Hilario iba delante, marcando el ritmo con palabras:

—Suelo. Pasillo. Lámpara. Mirada. Escucha. Vamos.

Pasaron por la Sala de Silencios. Las lámparas bajaron del todo, como inclinándose ante el peso que cruzaba. Allí, un cuento de animales que la víspera había perdido el con en “juntos con” alzó la cara de zorra y les guiñó un ojo. Le devolvieron el gesto. Siguieron.

Llegaron a una sala muy honda, con paredes forradas de plomo y estanterías bajas, sin títulos. Un círculo de piedra en el suelo, con una ranura en forma de candado, ocupaba el centro. La puerta decía Cámara de Custodia con letras sobrias.

—Aquí —anunció Don Hilario.

Encajó la cuna en el círculo. El candado del libro se iluminó apenas, reconociendo el sitio. En las paredes, unas campanillas discretas, tan pequeñas que parecían polvo, tintinearon. El guardián encendió cuatro velas. No eran velas normales: la llama estaba hecha de letras que subían y bajaban como luciérnagas.

—Estas son guardas —explicó—. Mientras estén encendidas, el libro no... tiembla.

Paula se inclinó. Vio de cerca las tres ranuras del candado. Cada una tenía forma distinta: una parecía una llave; otra, una hoja pequeña; la tercera, una boca.

—¿Tres llaves? —preguntó.

—Tres claves —corrigió el guardián—. La de metal (que no tenemos), la de voz (que nadie debe usar a solas) y la de recuerdo (que se paga caro).

—Puso el dedo en la mesa, serio—. No vamos a abrirlo. No hoy. No así.

Daniel asintió con fuerza.

—Yo paso.

El dragón respondió, desde dentro, con un aliento frío. Las velas letradas vibraron. Un hilo de blancura se deslizó por el borde de la cuna y fue a rozar el lomo de un libro cualquiera, allí mismo en la estantería baja. Don Hilario chasqueó la lengua y tocó con el dorso de la mano el hilo.

—Atrás.

El hilo se deshizo como vapor. Pero el libro inocente, al que nadie había pedido nada, se quedó con un FIN amarillento, pálido. Como si a la palabra se le hubiera ido la sangre.

—¿Lo veis? —preguntó el guardián—. Si el dragón no puede salir, intenta dejar sin final a los cuentos para que la gente no los termine. Y un cuento que nunca se acaba es un cuento abierto por donde se cuela la nada.

—Entonces hay que devolver finales —dijo Paula.

—Y principios —añadió Don Hilario—. Y puentes.

Se acercó a una vitrina y sacó un cuaderno grueso, cosido con hilo azul. En la tapa, caligrafía antigua: Atlas de Borrados. Lo abrió en el atril. Páginas

y páginas con mapas de la propia Biblioteca: estanterías dibujadas, flechas, notas. En algunos tramos, manchas blancas con borde irregular.

—Estas son las zonas que el dragón ya ha olido. Mirad: Mapas —señaló con el dedo un pasillo entero—, Crónicas —otro—, Rutas de Aire —otro más—. —Pasó página—. Y aquí viene lo peor: Cuentos de Final Feliz.

Sergio frunció el ceño.

—¿Por qué lo peor?

—Porque si come la palabra FIN —explicó el guardián—, los protagonistas se quedan dando vueltas sin cerrar, como sombras que no encuentran cama. Las madres dejan de decir “y colorín colorado”. Los niños no aprenden dónde está el descanso. Y el descanso es parte de la lectura.

Daniel levantó la mano, con gesto de clase.

—¿Y si... bueno... le damos un FIN extra? ¿Como postre? —intentó una sonrisa—. Un FIN leído, digo.

Don Hilario lo miró con afecto.

—Vas entendiendo. Pero antes —miró el reloj que no se veía y, sin embargo, se sentía—, hay otra cosa que debéis saber.

Abrió El fin de las palabras lo justo para mostrar la primera hoja de respeto, sin rebasar el candado. No era papel blanco: era un blanco con dibujo, como nieve dura. En el margen, alguien había dejado una nota a lápiz. Los trazos eran de hace siglos, pero vibraban limpios:

“No abras salvo que la lengua común esté en peligro.”

—¿Lengua común? —repitió Paula—. ¿La que hablamos todos?

—La de todos —asintió Don Hilario—. La que permite que tú me entiendas y yo te entienda. La de los y, de, con. La de hola y gracias. —Cerró de nuevo—. El problema no es el dragón. El problema es cuando los lectores olvidan que las palabras pequeñas sostienen las grandes. Entonces el dragón tiene banquete.

Sergio se llevó la mano al bolsillo. El Plumín Domador seguía frío.

—Hoy no escribimos —dijo él mismo, en voz alta—. Hoy leemos.

—Hoy leéis —confirmó Don Hilario—. Y hacéis promesa.

Los miró uno por uno, como cuando firma un préstamo. Luego, con gesto ceremonioso, sacó de un cajón tres tiras de papel japonés azul y se las colocó en la muñeca, como pulseras finas.

—Promesa de lectores: si un libro os llama, marcáis. Si os pide voz, leéis. Si pide pluma, la pensáis dos veces y una tercera. —Pausa—. Si un blanco os mira, no miráis el blanco: miráis al amigo.

Paula apretó la pulsera, sintiendo el latido de Nudo Azul en el bolsillo. Daniel repitió en silencio amigo, amigo, amigo como quien recuerda el camino de casa. Sergio asintió, serio.

Las velas letradas ondularon. En algún lugar, la Campana de Títulos —una campana tan pequeñita que su sonido parecía un cosquilleo en el oído— repicó tín-tín. Dos veces. Luego una tercera, un poco más fuerte.

—Ya está avisando —murmuró Don Hilario—. Cuentos de Final Feliz.

Cerró el Atlas de Borrados y lo cambió por un estuche de cartón con tres objetos: un espejo chiquitito que cabía en la palma, un trocito de tiza y una llave de cartón.

—Herramientas de cierre —explicó—. El espejo os devuelve la última frase que hayáis dicho bien. La tiza traza un punto que se oye. —Les guiñó un ojo—. Y la llave de cartón abre cajas de música.

—¿Cajas de música? —Daniel ladeó la cabeza.

—Las que hacen “y colorín colorado...” —sonrió el guardián—. Hay cuentos que se cierran cantando.

Una corriente fría, finísima, pasó por el suelo como un caracol de escarcha y fue a rozar la mesa donde un libro para dormir con ositos estaba abierto por la última página. La palabra FIN brilló, parpadeó... y se apagó.

—¡Ahí! —señaló Paula.

Sergio ya tenía la tiza en la mano. Dibujó un puntito en el aire encima de la última línea —un punto oído— y dijo:

—Fin.

El espejo le devolvió su propia voz, multiplicada en un eco amable. El libro cerró con un suspiro feliz, y un osito del dibujo pareció guiñar un ojo.

—Funciona —dijo Daniel, orgulloso de su amigo.

Afuera, otra campanita sonó, más lejos. Luego otra. Las Campanas de Títulos iban encendiendo la noche como luciérnagas impacientes.

—Se abre la batalla de los finales —dijo Don Hilario, sin dramatismo, como quien define una clase de gimnasia—. Id a la Sala de los Cuentos Cortos. Yo me quedo en Custodia. Si algo tiembla, toco la alarma.

—¿Y si el dragón...? —empezó Daniel, mirando el libro negro.

—No peleará aquí —dijo el guardián—. Busca huecos fáciles. Vuestro trabajo hoy es cerrarlos bien.

Sergio cogió su espejo y su tiza. Paula, además, se colgó la Lupa. Daniel guardó la llave de cartón en el bolsillo como si fuera un tesoro. Cuando llegaron a la puerta, Don Hilario los llamó.

—Chicos.

Se volvieron.

—Si escucháis susurros que os invitan a atajar, recordad lo que habéis aprendido: más vale un puente que un camino corto que se cae. —Sonrió—. Y si os cansáis, volved. Aquí siempre habrá pan y tinta.

Se fueron corriendo por el pasillo. La Sala de los Cuentos Cortos estaba a dos galerías de allí, junto a la de Adivinanzas y la de Trabalenguas. Entraron y

la vieron como nunca: libros pequeños abiertos por todas partes, ilustraciones colgando de hilos invisibles, palabras sueltas corriendo por el suelo como hormigas negras. En al menos una decena de cuentos, la palabra FIN titilaba como una bombilla traviesa.

—Plan —dijo Paula, tomando aire—. Siempre juntos, pero un final cada uno. —Señaló—. Daniel, los de canción. Sergio, los de aventura. Yo voy a los de animales. Cerrar con espejo y tiza, nombrando todo.

—¡A por ellos! —gritó Daniel, más valiente de lo que se sentía.

Y se dispersaron, sin soltarse del todo porque la pulsera de promesa tiraba de ellos como una cuerda suave. Daniel encontró una caja de música dibujada en la última página de un cuento de patitos. Encajó su llave de cartón, la giró, y la caja tocó una melodía sencilla que decía, sin letra y con letra: Y colorín colorado. . . . La palabra FIN regresó como una sonrisa.

Sergio cerró un cuento de pirata pequeño con un punto de tiza y un espejo que le devolvió su “fin” haciéndolo más redondo. Paula, en un cuento de conejo, dijo en voz clara:

—Fin —y añadió—: descanso.

El conejo bostezó y se durmió. Las páginas, contentas, se peinaron.

Todo iba cada vez mejor hasta que, en la estantería más alta, un librito sin dibujos empezó a sangrar blanco por el canto. No tenía título en la portada. A Paula se le encogió el corazón. Subió a una silla, Sergio sostuvo la espalda de la silla, Daniel sostuvo a Sergio. Paula lo abrió.

Dentro, nada. Ni principio, ni mitad, ni final. Un cuaderno totalmente en blanco con una sola línea escrita en lápiz, muy arriba:

“Cuando no sabes cómo decir adiós, no dices nada.”

Paula tragó saliva. Sintió en el bolsillo el anillo de Alonso, frío. Lo giró. La frase del caballero —“Si la niebla tapa el camino, nombra el suelo que pisas”— le sonó en la cabeza como una campana corta.

—Suelo —dijo—. Punto. Fin.

La tiza dibujó un punto en el borde inferior de la página. No escribió letras; puso peso. El libro tembló, como quien por fin apoya los pies. Sergio acercó el espejo. El espejo devolvió un “fin” chiquito, tímido, pero suyo. Daniel, desde abajo, giró la llave de cartón y la caja de música invisible tocó una nota clara. El librito aceptó. No se llenó de palabras —no era su noche—, pero cerró. Y cerrar, en ese momento, era ganar.

La Campana de Títulos dejó de sonar en esa sala. Quedaban campanillas, lejos. Al otro lado de la Biblioteca, quizás en Fábulas o en Cuentos de Viajes. Paula bajó de la silla, un poco mareada pero feliz. Los tres se abrazaron deprisa y se echaron a reír sin motivo.

—Somos un buen equipo —dijo Sergio.

—Un buen puente —corrigió Daniel, orgulloso.

En ese instante, a sus espaldas, algo crujío. Se giraron: por debajo de la puerta, como un hilo de leche, se colaba una hebra de blancura que venía desde la Cámara de Custodia.

—¡Don Hilario! —gritó Paula.

Echaron a correr. El pasillo parecía más largo ahora, o quizá la noche se estaba terminando y al final de las noches el mundo se alarga para estirarse. Cuando llegaron a la puerta de Custodia, Don Hilario ya estaba de pie, firme, con dos marcapáginas en alto, cruzados como si fueran espadas.

—Va a intentar abrirse paso —anunció, sin miedo—. No dejéis que el hilo toque título alguno.

Sergio puso el espejo en el suelo, delante del hilo. El hilo se miró a sí mismo y se confundió, como si no supiera qué borrar: si lo real o lo reflejado. Daniel dibujó una línea con tiza, justo en el umbral, diciendo:

—Punto y aparte. —La palabra hizo un clic en la piedra.

Paula se acercó a la cuna, alzó la Lupa y habló despacio:

—No eres dueño. Solo tienes hambre. Mañana leeremos contigo. Hoy paramos.

El hilo se estremeció, se arrugó... y, con un último brillo testarudo, retrocedió hacia el canto del libro y se metió dentro. Las velas letradas volvieron a bailar con calma. La campanilla de polvo se calló.

Don Hilario respiró, largo.

—Bien.

Se volvió hacia ellos. En su cara había cansancio y orgullo.

—Habéis cerrado finales y habéis frenado un empuje. —Abrió el Atlas de Borrados por una página en blanco y, con un lápiz, dibujó tres puntitos—. Esto significa lectores. Donde hay lectores, la nada lo tiene más difícil.

—¿Y ahora? —preguntó Daniel, desinflándose por fin.

—Ahora... descanso. —El guardián sonrió—. Y mañana, El gran robo de historias. El dragón probará a tomar trozos pequeños de muchos libros para hacerse un bufé. —Señaló con la barbilla la cuna—. No lo abriremos. Pero sí lo usaremos: si escucháis su aliento, sabréis por dónde empieza. —Les acercó el oído a la rendija del candado—. ¿Lo oís?

Los tres se inclinaron. Del interior llegó un susurro raro, compuesto no de letras sino de huecos. Pero entre hueco y hueco, si uno escuchaba muy atento, se distinguían dos palabras pequeñas, como piedritas que resisten a la corriente:

—y... con...

—Aún quedan —dijo Paula, casi sonriendo.

—Quedan —repitió el guardián—. Y mientras queden, se puede volver.

El Reloj de Tinta dejó caer una coma. La noche no había terminado, pero ya andaba de puntillas hacia su final. Don Hilario les tocó el hombro a cada

uno, como se toca madera antes de un viaje.

—Id a dormir. Mañana habrá mapas con huecos que llenaréis con voz.
Y quizá una abuela que no encuentra su colorín colorado.

Daniel se rió.

—Pues le llevaremos dos.

Salieron despacio. En la puerta, Paula miró atrás. Las velas letradas iluminaban el lomo negro. El candado, quieto, parecía un ojo cerrado. Nudo Azul latió, suave. El anillo de Alonso pesó, amable. El Plumín siguió frío, obediente. La Lupa calentaba la palma, lista como una lamparita.

—Buenas noches —susurró, no al libro, sino a las palabras que aún quedaban.

Y la Biblioteca les devolvió un murmullo feliz, como de sábanas limpias.

Muy lejos, en estanterías de cuentos, la palabra FIN parpadeó en tres libros a la vez. Una campanita mínima, solo para oídos de lector, repicó una vez más.

El dragón, detrás del candado, soñó con puentes.

Y despertó con hambre.

—Mañana —dijo Paula, ya en el pasillo.

—Mañana —repitieron Sergio y Daniel.

Y se fueron a dormir, con la promesa en la muñeca y el eco del y con como una canción que abriga.

10. El gran robo de historias



La noche siguiente, la Biblioteca los recibió con un olor más intenso a pan y a tinta, como si hubiera horneado fuerzas para lo que venía. Don Hilario aguardaba bajo el Reloj de Tinta, que esta vez dejaba caer gotas más rápidas que otras noches. Cada gota dibujaba palabras pequeñas: y, de, con, para. Caían deprisa, como si el tiempo supiera que esas eran las primeras en faltar.

—Ha empezado —dijo el guardián, sin rodeos—. El dragón no sale, pero sopla blanco desde dentro. No muerde un libro entero: pica de muchos. Quiere un banquete de trocitos. A esto lo llamamos El gran robo de historias.

Abrió el Atlas de Borrados sobre el atril. En tres zonas, manchas blancas latían como luciérnagas pálidas: Policiales Escolares, Cuentos de Hadas, Mitos y Leyendas.

—Tres fogatas —resumió—. Las iremos apagando una por una. Recordad: no entrar solos. Marcapáginas bien puesto. Voz arriba. Plumín, hoy dormido.

Sergio se tocó el bolsillo, donde el Plumín Domador seguía frío. Asintió.

—Dormido —repitió.

Don Hilario deslizó hacia ellos un platillo con tres cosas que ya conocían: el espejo que devuelve la última frase bien dicha, la tiza que traza puntos que se oyen, y la llave de cartón para cajas de música. Añadió además una bolsita de tela con algo que tintineó.

—Semillas de punto y coma —explicó—. Si una frase se queda sin aire, plantad una. El punto y coma no cierra del todo ni deja la puerta abierta del todo. Es un respiro que piensa.

Paula sonrió. Daniel levantó la bolsita como si fuera una reliquia.

—¿Adónde primero? —preguntó Sergio.

Don Hilario señaló el primer latido del atlas.

—Policiales escolares. Ya hay un caso sin porqué ni con. Y sin porque y sin con, no hay culpable ni pistas que se unan.

10.1. El caso sin porqué (Policial escolar)

El atril de Policiales Escolares olía a goma de borrar y a pasillos encerados. El libro delante de ellos se titulaba El Misterio del Sandwich Desaparecido. En la cubierta había un casillero verde, una lupa y un bocadillo de queso con cara triste.

Paula colocó a Nudo Azul en la primera página, que vibró como una alarma simpática. Leyó en voz alta:

—“A la hora del recreo, el sandwich del señor conserje desapareció de la nevera de la sala de profesores...”

Las letras temblaron. En la siguiente línea, dos huecos blancos agujereaban la frase: El sospechoso es — que estaba — la puerta.

— Falta quien y falta con, diagnosticó Paula, alzando la lupa.

Entraron.

Se encontraron en un pasillo brillante, con carteles de “Silencio” y “Recoger tu basura”. Un detective niño, con gorra de cuadros y cuaderno, los esperaba junto a una puerta entreabierta. Tenía ojeras de haber pensado mucho.



—Soy Martín Nariz Fina —se presentó—. Tengo huellas, tengo horarios. . . pero el caso no camina. Falta algo.

—Falta con —dijo Sergio, dándole una palmada amistosa—. Y quizá porque.

El detective suspiró.

—Si no sé con quién estaba la puerta, no sé si es coartada o casualidad. Y sin porque, los móviles se me derriten.

Paula alzó la Lupa hacia el felpudo: en la fibra se veían letras diminutas pegadas como pelusas: con, con, con. . . Quietas, grises, como dormidas.

—Las tiene el felpudo —dijo—. Se han quedado pegadas de tanto pasar.

—Despegadlas leyendo —sugirió Daniel, ya más confiado.

Los tres se agacharon, juntaron la voz bajito como quien despierta a un gato:

—Con. . .

Las letritas se iluminaron y saltaron como chispas a su sitio: . . . el conserje estaba con la profe de música en el pasillo. . .

—¡Coartada! —exclamó Martín—. ¡Entonces el conserje no pudo robar su propio sandwich!

—Ahora falta el porque —dijo Paula—. Sin porque, cualquiera puede hacerlo “porque sí”.

Buscaron. En la máquina de refrescos, la Lupa mostró un hueco en el cartel: Prohibido comer en la sala de profesores

—Ese “porque” explica la norma —dijo Sergio—. Si falta, la norma es capricho.

Paula sacó una semilla de punto y coma. La dejó caer en el borde del hueco, con una caricia.

—Primero, un respiro —explicó—. Y ahora, porque.

Dijeron los tres:

—Porque hay material delicado y no queremos atraer hormigas.

El hueco se llenó. El cartel volvió a tener sentido. En la historia, algo encajó. El detective niño olfateó el aire como un sabueso.

—Queso —murmuró—. Queso caliente... ¡la tostadora del laboratorio!

Corrieron con Martín al laboratorio de ciencias. Allí, sobre la mesa, una tostadora echaba humo. Alguien había intentado hacer un sandwich a escondidas y se le había quemado. En la papelera, migas culpables brillaban como pistas con la Lupa.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Martín a un alumno nervioso, con gafas torcidas, que aparecía al fondo.

El chico bajó la cabeza.

—Tenía hambre y... y no me había traído nada.

—Y —repitió Daniel—. Si se come el y, parece que solo había hambre. Con el y, aparece todo lo demás: y vergüenza, y prisa, y un error.

El espejo devolvió la última frase bien dicha por Paula:

—“Porque hay material delicado...”

El alumno respiró hondo.

—Lo siento. Con permiso, voy a limpiar y a pedir perdón.

El caso se cerró. El título del capítulo recuperó su porqué en cursiva: ¿Por qué desapareció el sandwich? Martín les chocó los cinco.

—Sin puentes pequeños, los casos se caen —dijo—. Gracias.

Nudo Azul tiró de ellos con un latido. El olor a goma y a pasillos se disipó. Salieron de un salto justo cuando el Reloj de Tinta dejaba caer una y grande como un cometa.

—Uno —contó Don Hilario, marcando el ritmo—. Siguen dos fogatas.

10.2. El hechizo cojo (Cuento de hadas)

La Sala de Cuentos de Hadas olía a manzana, a madera y a hoguera. El libro que latía en el atril se titulaba La aprendiz de hada y el puente invisible.



La cubierta mostraba a una niña con varita intentando cruzar un río que no se veía.

—Huele a con —dijo Don Hilario—. Y a todavía.

Paula puso el marcapáginas. Le leyó al libro con voz de cascabel:

—“Para cruzar el río invisible, la aprendiz debía decir el hechizo entero, pero las palabras se le enredaban...”

Entraron en un bosque azul. En la orilla de un río transparente —un río que sonaba pero no se veía—, una niña con alas chiquititas pateaba el suelo, frustrada. Tenía los bolsillos llenos de sílabas arrugadas.

—¡Nunca me sale! —se quejó—. Siempre digo “con... con... con...” y se me olvida lo que va después.

—Somos lectores —dijo Paula, sonriendo—. Venimos a sujetarte las palabras.

La Lupa mostró, flotando sobre el río, media frase: Con... yo paso. Tres huecos grandes como piedras. En la otra orilla, el puente quería dibujarse, pero no encontraba vigas.

—Falta contigo —aventuró Daniel—. Y falta además. Y falta todavía.

—¿Por qué todavía? —preguntó Sergio.

—Porque todavía es la palabra que dice que algo puede mejorar —respondió Paula—. Es esperanza con reloj.

La aprendiz alzó la varita. Paula sacó una semilla de punto y coma y la plantó justo en medio de la frase, para tomar respiro. Luego, juntos, dijeron:

—Con contigo; además, todavía yo paso.

La varita soltó un campanilleo. El río invisible apareció como una cinta de cristal, y encima, poco a poco, se dibujó un puente de letras: tablones de con, barandillas de además, clavijas de todavía.

—¡Funciona! —gritó la aprendiz—. Era contigo. No es lo mismo con que contigo.

—Las palabras pegadas son abrazos —dijo Daniel, muy serio.

Cruzaron con cuidado. En la otra orilla, un roble guardaba una puerta de musgo. Una caja de música diminuta, incrustada en la corteza, tenía una cerradura.

—Aquí voy yo —anunció Daniel, orgulloso de su llave de cartón.

La encajó, giró. La caja tocó una melodía que decía: “Si dices bien lo pequeño, lo grande te lleva.” Una mariposa de luz emergió y puso en las manos de la aprendiz una cinta con letras: contigo.

—Para cuando se te olvide —dijo Paula—. Pégatela en el bolsillo.

—Gracias... —la aprendiz dudó—. Gracias por leer conmigo. Todavía me sale un poco regular, pero ahora sé que además puedo aprender.

El espejo les devolvió esa última frase, preciosa de tan bien dicha. El bosque azul se volvió más claro. Nudo Azul tiró suave. Tocaba volver.

Al salir, el Reloj de Tinta dejó caer una con que sonó como dos copas que brindan.

—Dos —dijo Don Hilario—. Falta la fogata de Mitos y Leyendas. Ahí, el dragón suele morder nombres. Y si muerde un nombre, borra un camino.

—Vamos —asintió Paula.

10.3. El nombre perdido (Mitos y Leyendas)



La Sala de Mitos y Leyendas olía a piedra caliente y a mar antiguo. El libro abierto era Ariadna, el hilo y el eco. La cubierta mostraba un laberinto visto desde arriba, con un hilo rojo atravesándolo y, en un rincón, una sombra que no era sombra.

—Ojito —aviso el guardián—. Aquí, si falta un nombre, se pierde salida.

Marcapáginas muy firme.

Nudo Azul hizo un nudo doble en el borde, satisfecho. Leer la primera línea fue como soplar ceniza y encontrar brasa:

—“En el corazón del laberinto, Teseo avanzaba con un hilo y una promesa, pero el aire se había comido parte de su nombre...”

Entraron a un corredor de piedra que olía a humedad. El hilo rojo, finísimo, colgaba ya del bolsillo de Paula como si el libro lo hubiera reconocido. Las paredes tenían letras en relieve: paso, pared, vuelta. Al fondo se escuchaban pasos que eran pasos y respiraciones que eran viento.

—Teseo —llamó Paula—. ¿Nos oyes?

Una figura apareció de la penumbra: un muchacho con sandalias, una espada sin punta y ojos de mar. Abrió la boca, pero su voz salía rota:

—Te... eo.

—Le han comido la s —dijo Sergio—. Sin esa s, deja de ser Teseo y se vuelve otra cosa.

—Y sin nombre completo, el hilo duda —añadió Daniel, mirando cómo la hebra roja temblaba como una cuerda de violín.

Paula alzó la Lupa. En la pared, junto al nombre, alguien había dejado huellas de comillas y un rastro de eco. La palabra Eco brilló, chiquita, en una esquina de piedra.

—Eco... —murmuró Paula, recordando al niño de cristal del Planeta.

La piedra devolvió, mil veces, eco, eco, eco.

—Si el Eco repite lo que oye bien, podemos darle la s —improvisó Sergio—. Pero hay que enseñarle la s.

Daniel sacó una semilla de punto y coma y la puso a los pies de Teseo, como si fuera un banquito para que la palabra se sentara. Luego, muy despacio, pronunció:

—Te-se-o.

—Te-se-o —repitió Paula, clara.

—Te-se-o —añadió Sergio.

El Eco trabajó un segundo, como una máquina afinando. Al principio devolvió te—eo. Luego te-se-.... Por fin, limpió la garganta mineral del laberinto y dijo correcto:

—Teseo.

El hilo rojo dejó de temblar y se tensó, seguro. Teseo inspiró como quien vuelve del agua. Sonrió.

—Gracias. Sin mi nombre, no encuentro salida.

—Y sin nombre, el monstruo se hace más grande —dijo Paula—. Ya no pelea con alguien; pelea con nadie.

—Ariadna nos espera —recordó Teseo, señalando el hilo—. Y hay otro... —su mirada se ensombreció—. Hay otro que calla la voz de quien repite. Eco

ha perdido su sitio en la historia.

—Lo vimos —dijo Paula—. También allí tenía hambre.

Caminaron tras Teseo, tocando la piedra, nombrando cada giro: izquierda, derecha, paso, alto. Cuando el laberinto intentaba cambiar, ellos plantaban un punto y coma en la encrucijada para que la frase respirara y no se cortara.

Llegaron a una sala amplia. En el centro, una voz prisionera latía en el aire, sin cuerpo. Era Eco. El dragón, esta vez como sombra blanca alargada, trataba de estirar esa voz y partirla en trozos pequeños, como tiritas, para comérselas sin atragantarse.

—No —dijo Paula, con firmeza—. El Eco se cuida.

Se pusieron alrededor, como habían aprendido en la nave, e hicieron un menú para el Eco:

—Cuando —dijo Paula.

—Porque —dijo Sergio.

—Aunque —dijo Daniel.

—Siempre —añadieron los tres.

El Eco probó esas palabras, las devolvió con gusto, y la sala cambió. Las paredes adoptaron ese redondeo bonito que tienen los cuartos donde alguien canta. El dragón, molesto por tanta comida bien dada, retrocedió un paso, dejó caer un par de escamas de margen y, como siempre, intentó huir: mordió un atajo en blanco junto a una columna.

—No esta vez —dijo Teseo, adelantándose—. Este laberinto no tiene atajos.

Golpeó el suelo con la empuñadura de su espada de punta redondeada. La piedra recordó su forma: el camino en blanco se cerró como una herida que se niega. El dragón dudó. Miró a Paula con sus ojos de dos puntos. :

—No te odiamos —dijo Paula, suave—. Te nombramos: hambre. Comerás leído con nosotros. Mañana.

El dragón no rugió. Solo quitó por un momento el sonido de sus respiraciones. Luego, como si esa nada le quemara la lengua, dio un vuelco y se metió por un margen —esa mala costumbre suya de cortar y pegar—. Se fue quedó, pero antes dejó escrito con su paso una amenaza diminuta en el polvo: fin... y un mordisco junto a la palabra.

—Viene a por finales otra vez —vio Sergio.

Teseo recogió el hilo, ahora firme, y les dio un saludo con la mano.

—Id. Veo en vuestros ojos la hora.

El Eco, ya libre, hizo un juego: repitió el nombre de cada uno —Paula, Sergio, Daniel— con un timbre que parecía aplaudir. Nudo Azul tiró fuerte. Volvieron a la Sala de Mitos. El libro cerró su capítulo con un FIN minúsculo que se quedó quieto, valiente.

—Tres —contó Don Hilario, contento pero con prisa—. El banquete ha quedado en merienda. Pero escuchad... —alzó un dedo.

De alguna parte de la Biblioteca llegó un murmullo distinto a todos los demás. No era el susurro de páginas, ni el canto de un cuento que se cierra, ni el ruido amable de un atlas que se estira. Era un chisssss largo, como lluvia de verano entrando por una rendija. El Reloj de Tinta dejó caer una gota que, en lugar de letra, pareció dibujar un relámpago.

—Ha cambiado de táctica —dijo el guardián, en voz muy baja—. Si no puede robar a mordiscos, intentará empujar muchas letras a la vez... para desordenarlas. —Miró arriba—. Vendrá como tormenta de letras sueltas. Y entonces, amigos, no bastará con cerrar cuentos de uno en uno. Habrá que pelear juntos. Todos.

—¿Pelear... como? —preguntó Daniel, con un escalofrío que era mitad miedo y mitad emoción.

Don Hilario sonrió con esa sonrisa que aprieta el corazón y lo estira a la vez.

—Con poesía —dijo—. Con listas. Con nombres. Con lectura en coro. La Biblioteca levantará sus estanterías y los libros saldrán a ayudar. Pero alguien debe llevar la voz. —Miró a Paula, a Sergio, a Daniel—. Tres voces que ya saben dar de comer sin quitar. Tres puentes.

Sergio apretó el espejo. Devolvió su propia cara encendida.

—Pues cantamos —dijo—. Y nombramos. Y ponemos puntos y comas donde haga falta.

Daniel apretó la bolsita de semillas.

—Y prometo no usar el Plumín sin pensar.

Paula miró su Lupa, Nudo Azul, la llave de cartón, la tiza, el espejo. Miró su pulsera de promesa. Luego alzó la vista hacia el techo alto, donde las sombras parecían ya nubes de letras.

—Que venga —dijo, tranquila—. Hemos estado practicando para esto desde la primera y.

El guardián asintió. A su espalda, la Sala de Cuentos de Final Feliz repicó una campanita nueva, preocupada. Las lámparas subieron apenas, como una respiración antes del salto. Muy lejos, en la Cámara de Custodia, el candado del libro oscuro palpitó una vez. No se abrió. Pero soñó con abrir.

El Reloj de Tinta dejó caer una letra que no habían visto tantas noches: una A enorme, primera de todas, que al tocar fondo encendió en las paredes la palabra ALZA.

—A la Sala Central —ordenó Don Hilario, señalando con el bastón—. Reunid voces. Llamad a quien quiera leer. Los lomos ya están despiertos.

Y la Biblioteca Secreta, que hasta entonces había sido bosque y taller, panadería y scriptorium, se puso armadura: los pasillos se ensancharon, las

frases se afilaron en los lomos, los marcapáginas se enredaron como cintas de guerra. Un aliento frío recorrió las galerías, empujando letras sueltas como hojas de otoño.

Paula cogió a Sergio y a Daniel de la mano.

—Juntos.

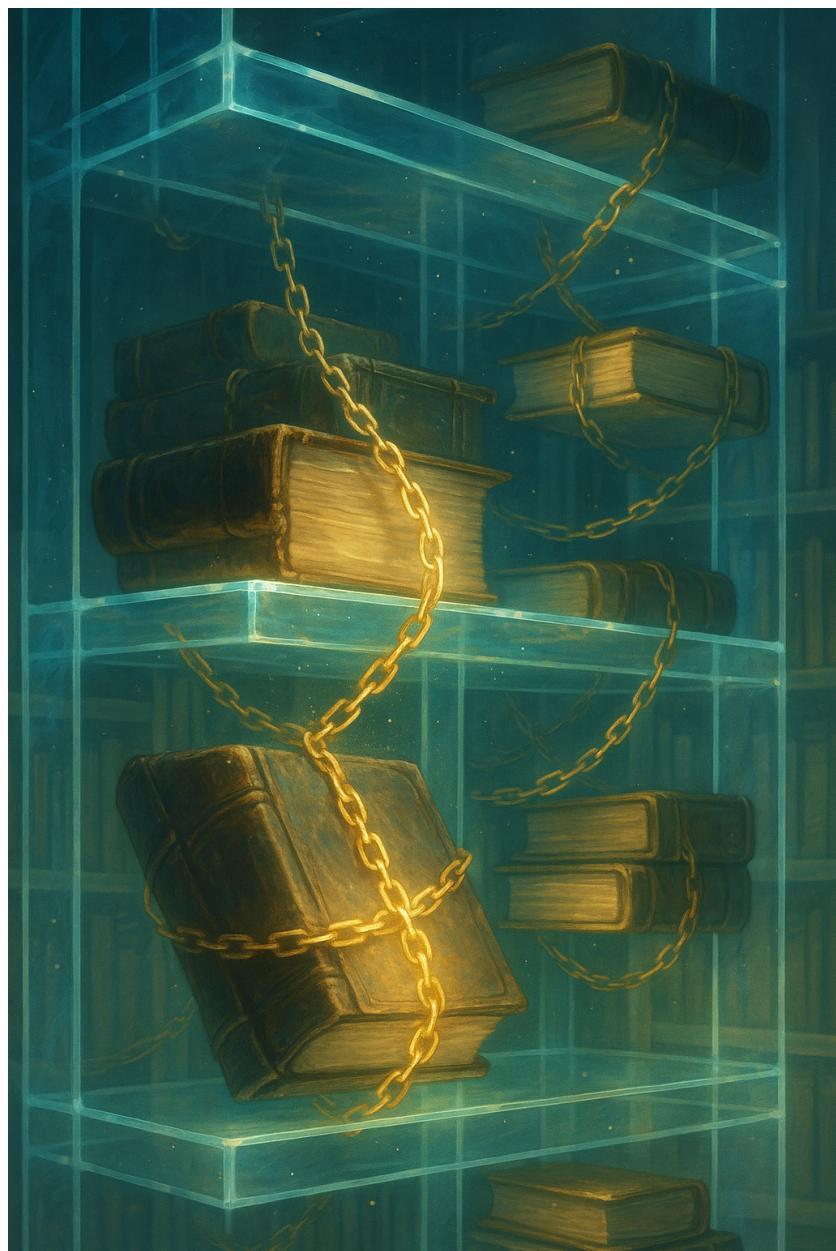
—Juntos —repitieron los dos.

Entonces, desde lo alto, cayó la primera lluvia de letras.

Y empezó La batalla de las letras.

(Continúa en el Capítulo 11)

11. El gran robo de historias (continuación)



La Biblioteca de Medianoche se agitaba como si estuviera viva. Los pasillos respiraban con un rumor de hojas, y las lámparas de aceite chisporroteaban aunque nadie las hubiera encendido.

Paula, Sergio y Daniel corrían tras Don Hilario, que avanzaba con paso rápido, golpeando el suelo con su bastón lleno de marcapáginas.

—El dragón no se rindió —decía sin mirar atrás—. Solo estaba esperando. Y ahora... ahora intenta lo peor.

—¿Lo peor? —jadeó Daniel.

—Robar historias enteras.

El anciano dobló una esquina y los niños lo siguieron hasta una sala que nunca antes habían visto. Allí, las estanterías no estaban hechas de madera, sino de cristal. Y en cada una había libros enormes, encadenados con hilos de luz que los mantenían flotando en el aire.

Paula se acercó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué son estos libros?

Don Hilario los miró con solemnidad.

—Son las obras que contienen muchas otras. Raíces de la imaginación. Sin ellas, los cuentos perderían su origen. Aquí está Las mil y una noches. Allí, La Odisea. Y más allá, El Quijote.

Sergio tragó saliva.

—Entonces... si el dragón roba uno...

—No desaparecerá un cuento —interrumpió Don Hilario—. Desaparecerán miles.

Un rugido sordo sacudió la sala. Los libros de cristal tintinearon, como copas a punto de romperse.

En el centro de la estancia se abrió una grieta blanca. De ella emergió el dragón, más grande que nunca. Ya no estaba hecho solo de páginas rotas: ahora llevaba fragmentos de relatos enredados en sus alas, diálogos que se retorcían y héroes que gritaban en silencio.

—¡Está devorando trozos de historias! —gritó Paula.

El dragón extendió sus garras y uno de los libros de cristal comenzó a temblar. Era Las mil y una noches. Los hilos de luz que lo sujetaban se estiraban como cuerdas a punto de romperse.

—¡No lo permitiremos! —dijo Don Hilario, plantándose frente a la bestia—. ¡Leed conmigo!

Sacó un marcapáginas dorado y lo alzó. El aire vibró.

Paula, Sergio y Daniel abrieron sus propias libretas mágicas y las páginas se iluminaron.

—¡Empieza tú, Paula! —ordenó Hilario.

Paula leyó:

—“Había una vez una joven llamada Sherezade, que contaba historias para mantener la esperanza viva...”

El eco llenó la sala. El dragón se estremeció, como si la historia le ardiera dentro.

Sergio continuó:

—“... Ulises navegó durante diez años, buscando regresar a su hogar...”

El eco se multiplicó, golpeando las paredes de cristal.

Daniel gritó, con más fuerza de la que creía tener:

—“... Y un caballero flaco y alto, armado con lanza y rocín, decidió salir en busca de aventuras...”

Las palabras se unieron, formando un torbellino luminoso que rodeó al dragón.

Pero la criatura no retrocedió. Abrió sus alas y, con un rugido silencioso, arrancó frases enteras del aire. Trozos de cuentos se deshilacharon, dejando huecos vacíos: un héroe que olvidaba su nombre, un mapa que se borraba, un castillo sin torres.

—¡Nos está ganando! —exclamó Sergio.

—No —dijo Don Hilario con calma—. Solo necesita recordar.

El anciano levantó su bastón y clavó en el suelo el marcapáginas más viejo, el primero que había fabricado. Era azul, raído, pero brillaba con un calor especial.

—Niño, niña, lector, lectora... ¡todos los que habéis abierto un libro, estáis aquí! —exclamó con voz retumbante.

De las estanterías surgieron voces. Voces de otros lectores, invisibles pero presentes. Voces de niños que habían leído a escondidas bajo las sábanas, de ancianos que habían repetido los mismos cuentos a sus nietos, de maestros que habían regalado palabras.

El dragón se detuvo. Por un instante, en sus ojos de dos puntos apareció un destello de duda.

Paula dio un paso adelante.

—No tienes que devorarlas. Puedes ser parte de ellas.

El dragón respiró hondo. Su cuerpo tembló. De sus alas comenzaron a caer letras sueltas que se unieron en el aire, formando un libro nuevo. Sus páginas estaban en blanco, pero en la portada brillaban tres palabras: El Gran Robo de Historias.

Sergio lo entendió.

—No quiere destruir. Quiere ser contado.

Daniel sonrió con incredulidad.

—¿Un dragón... que lo único que quería era... tener su propio cuento?

El dragón bajó la cabeza. Los ojos de dos puntos parpadearon.

Don Hilario cerró los ojos y asintió.

—Entonces escribiremos juntos. Pero no a cambio de borrar lo que existe, sino para sumar una nueva voz.

Los hilos de luz que sostenían los libros de cristal se reforzaron, más brillantes que nunca. El dragón, encogido, se volvió más pequeño, hasta que cabía en la palma de una mano. Don Hilario lo recogió con cuidado y lo colocó dentro del nuevo libro.

—Aquí quedará —dijo—. No como un ladrón, sino como un guardián.

El candado del libro prohibido se abrió y se cerró sobre la tapa del nuevo tomo.

El silencio llenó la sala.

Paula suspiró.

—¿Se acabó?

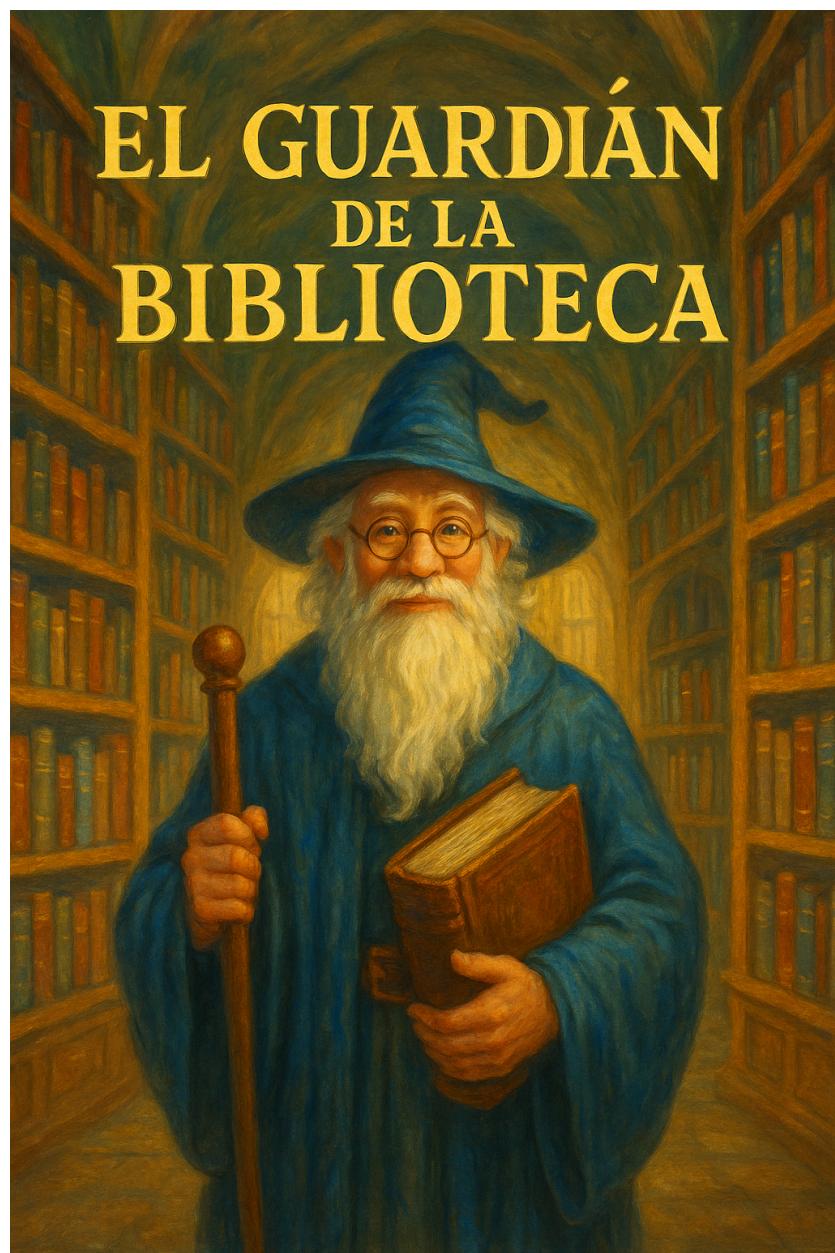
Don Hilario sonrió, cansado pero feliz.

—Acabó... esta vez. Pero recordad: ningún cuento está completo sin quien lo lee. El dragón no nos lo robó, solo nos recordó lo importante.

Los tres amigos se miraron, con el corazón aún acelerado. Sabían que aquello no era un final, sino otro comienzo. Porque la Biblioteca Secreta de Medianoche guardaba miles de pasadizos aún por recorrer.

Y mientras hubiera alguien con ganas de leer, ninguna historia podría ser robada.

12. El guardián de la biblioteca



La calma había vuelto a la sala de cristal. El dragón dormía dentro de su nuevo libro, encogido en letras brillantes que se deslizaban por las páginas como fuego tranquilo.

Paula, Sergio y Daniel lo observaban en silencio, sin atreverse a romper la magia.

—Nunca pensé que los monstruos pudieran ser tan... tristes —murmuró Paula.

Don Hilario asintió, con el bastón apoyado en su hombro.

—No era un monstruo, sino una historia incompleta. Y todas las historias incompletas piden lo mismo: un lector que las termine.

12.1. La última prueba

De pronto, las paredes de cristal empezaron a resquebrajarse. Los niños retrocedieron, alarmados.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Daniel.

Don Hilario cerró los ojos y respiró hondo.

—La Biblioteca sabe que habéis crecido. Que ya no sois simples visitantes, sino parte de ella. Os pondrá a prueba.

La sala se oscureció. Los libros de cristal desaparecieron y, en su lugar, surgieron pasillos interminables. Cada uno conducía a un mundo distinto: mares embravecidos, ciudades futuristas, cuevas encantadas, desiertos de estrellas.

Sergio señaló uno con entusiasmo.

—¡Mira, ciencia ficción! ¡Naves espaciales!

Paula señaló otro, con un bosque luminoso.

—¡Cuentos de hadas!

Daniel, sin embargo, vio un sendero distinto: un aula de colegio, con pupitres, su mochila y la ventana de su clase.

—Es... nuestra vida.

Don Hilario apoyó una mano en su hombro.

—La última elección. Podéis perderos en otros mundos o regresar al vuestro.

La decisión

Los tres se miraron. El corazón les pedía aventuras, pero también sabían que allí, en su mundo real, había deberes, amigos, partidos de fútbol y meriendas de pan con chocolate.

—¿Y si elegimos mal? —preguntó Sergio.

Hilario sonrió.

—Ninguna elección es del todo mala si se hace con el corazón. Pero recordad: cada vez que abráis un libro, regresaréis aquí. La Biblioteca de Medianoche estará esperándoos.

Paula apretó los labios.

—Yo quiero volver. Pero prometo seguir leyendo.

Sergio levantó la mano.

—Yo también. ¡Quiero saber qué más pasa, pero... prefiero que sea paso a paso!

Daniel asintió en silencio.

Los tres entraron juntos en el sendero de su aula. El pasillo se iluminó y el resto de caminos se cerró suavemente, como páginas que vuelven a su sitio.

12.2. El regreso

Cuando abrieron los ojos, estaban en la biblioteca del colegio. Todo estaba como antes: las sillas en orden, los libros en sus estantes, las luces apagadas.

Solo un detalle era distinto: sobre la mesa central reposaba un tomo nuevo, con la portada en azul y letras doradas. En ella podía leerse:

El Guardián de la Biblioteca por Paula, Sergio y Daniel

Sergio tragó saliva.

—¿Nosotros... lo escribimos?

Paula abrió la primera página. Allí estaba su propia letra, como si hubiera escrito en sueños: “Había una vez tres amigos que descubrieron que los libros nunca se terminan...”

Daniel sonrió.

—Creo que ahora somos parte de las historias.

12.3. El nuevo guardián

Esa noche, cuando volvieron a casa, cada uno llevó consigo un marcapáginas brillante. No era de papel ni de tela, sino de pura luz. Don Hilario se los había entregado en silencio antes de desaparecer entre los pasillos de la Biblioteca.

—¿Y si alguien me pregunta de dónde lo saqué? —preguntó Sergio.

Paula respondió con una sonrisa:

—Di que es un secreto. Porque lo es.

Al acostarse, todos lo usaron en un libro distinto: Paula en un cuento de hadas, Sergio en una novela de misterio, Daniel en un cómic de aventuras.

Y esa misma medianoche, los tres soñaron lo mismo: Don Hilario caminando junto al dragón, que ahora era pequeño y juguetón, custodiando los pasillos infinitos.

La voz del anciano resonó en el aire:

—Los libros no necesitan ser defendidos con espadas ni escudos. Solo con lectores. Mientras alguien abra sus páginas, ninguna historia se perderá.

12.4. Epílogo

A la mañana siguiente, en clase, la profesora les pidió que recomendaran un libro a sus compañeros.

Paula habló de Las mil y una noches. Sergio, de La Odisea. Daniel, de El Quijote.

Nadie entendía por qué los tres parecían tan emocionados al contarlos. Pero algo cambió: varios niños fueron a la biblioteca en el recreo y cogieron esos libros.

Paula, Sergio y Daniel se miraron, cómplices.

Sabían que el verdadero guardián de la Biblioteca de Medianoche no era Don Hilario, ni el dragón, ni siquiera ellos.

El verdadero guardián eran todos los lectores.

FIN

13. Glosario de palabras poco comunes

Abisal – Relativo a las profundidades insondables.

Aciago – Desgraciado, de mal agüero.

Alabastro – Piedra blanca y traslúcida.

Antaño – Tiempo pasado.

Arcano – Misterio profundo, secreto.

Baluarte – Defensa o protección firme.

Centella – Chispa de luz muy brillante.

Centinela – Soldado que vigila.

Clarividencia – Facultad de ver más allá de lo evidente.

Códice – Manuscrito antiguo.

Conjuro – Palabras mágicas para producir un efecto.

Crepitar – Sonido de algo al arder o romperse.

Crepúsculo – Momento del día cuando comienza a oscurecer.

Celaje – Nubes teñidas de colores al amanecer o atardecer.

Destello – Resplandor momentáneo de luz.

Efímero – Que dura muy poco.

Ensimismado – Absorto en los propios pensamientos.

Etereo – Muy delicado, sutil, casi irreal.

Estrépito – Ruido fuerte y estrepitoso.

Evocación – Acción de traer a la memoria algo.

Fragor – Ruido fuerte y repetido.

Funesto – Trágico o desgraciado.

Grumete – Aprendiz de marinero.

Ignición – Encendido o combustión.

Ignoto – Desconocido.

Jarcias – Conjunto de cuerdas y aparejos de un barco.

Legado – Herencia cultural o material.

Lóbrego – Oscuro, tenebroso.

Lúgubre – Sombrío, triste, fúnebre.

Níveo – Blanco como la nieve.

Oráculo – Respuesta misteriosa de un dios o adivino.

Perenne – Que dura siempre.

Penumbra – Claridad débil.

Penuria – Escasez de lo necesario.

Presto – Rápido, diligente.

Prodigo – Suceso extraordinario.

Ráfaga – Viento fuerte y repentino.

Reverberar – Reflejar la luz en superficies.

Reminiscencia – Recuerdo lejano.
Resplandor – Luz intensa.
Sepulcral – Relacionado con tumbas, lúgubre.
Sigilo – Secreto o silencio cuidadoso.
Sigiloso – Que actúa con cautela y silencio.
Sortilegio – Encantamiento, hechizo.
Tempestad – Tormenta violenta.
Traslúcido – Que deja pasar la luz sin ver con claridad.
Umbral – Entrada o comienzo de algo.
Vestíbulo – Sala de entrada en un edificio.
Vestigio – Señal o resto de algo que existió.
Vetusto – Muy antiguo.

14. Creación del relato y licencia

Este relato ha sido confeccionado con ayuda de inteligencia artificial. La organización de los capítulos y la propuesta inicial de su contenido fueron elaboradas por mí, y posteriormente plasmadas en un prompt para que ChatGPT las transformara en un texto más pulcro, cohesionado y literario.

Fases de la construcción del relato:

Ideas del relato **La Biblioteca Secreta de Medianoche**:

- Trama: Un grupo de amigos descubre que, a medianoche, los libros de la biblioteca del colegio cobran vida. Al abrirlos, pueden entrar en sus historias (piratas, dragones, viajes al espacio...).
- Mensaje: La lectura abre mundos infinitos.
- Estructura: Cada capítulo es una miniaventura en un libro distinto, con un hilo conductor (buscar un libro mágico perdido).

Preparamos un esquema detallado de 12 capítulos (unas 6–7 páginas cada uno = 80 páginas aprox.). Cada capítulo contiene puntos clave, personajes y tensión narrativa. Estos capítulos son:

Capítulo 1 – El club de los que se aburren

Presentación de los protagonistas: 3 amigos de 10 años (Paula, Sergio y Daniel).

Les aburre leer en clase, prefieren jugar al fútbol o a videojuegos.

La profesora les manda de castigo a ordenar libros en la biblioteca.

Allí, descubren un viejo libro polvoriento con un candado.

Capítulo 2 – El secreto de la medianoche

Al intentar abrir el libro, nada sucede.

Esa noche, Paula sueña que oye susurros de libros.

Al día siguiente, los tres deciden colarse en la biblioteca después de clase.

A medianoche, las estanterías se mueven y aparece una puerta secreta.

Capítulo 3 – Los libros despiertan

Al abrir la puerta, los libros comienzan a brillar.

Se encuentran con un bibliotecario anciano y misterioso: Don Hilario.

Les explica que los libros cobran vida a medianoche y que pocos niños son capaces de verlos.

Los invita a vivir una aventura, pero deben tener cuidado: no todos los libros son seguros.

Capítulo 4 – Dentro del cuento de piratas

El primer libro los transporta a un barco pirata en plena tormenta.

Los protagonistas deben ayudar a encontrar un mapa del tesoro.

Descubren que si resuelven la historia, pueden regresar.

Salen emocionados, aunque empapados (la ropa mojada se queda).

Capítulo 5 – El misterio del caballero

Entran en un libro de castillos medievales.

Conocen a un caballero que busca un dragón que roba palabras.

Descubren que el dragón “se traga” las letras de los libros, dejándolos en blanco.

Don Hilario les advierte: ese dragón existe también en la Biblioteca.

Capítulo 6 – El dragón de las palabras

Una noche, el dragón aparece en la biblioteca y empieza a devorar letras de los estantes.

Los niños intentan atraparlo sin éxito.

El dragón escapa dentro de un libro de ciencia ficción.

Capítulo 7 – Perdidos en el espacio

El grupo entra en el libro de ciencia ficción.

Viajan en una nave espacial, conocen un robot simpático que les ayuda.

El dragón está escondido en un planeta de cristal.

Pierden el camino de vuelta y piensan que no podrán regresar nunca.

Capítulo 8 – El regreso inesperado

Con ayuda del robot, encuentran un portal escondido en las estrellas.

Regresan a la biblioteca, pero el dragón también consigue escapar.

Don Hilario revela que el dragón nació del libro con candado.

Capítulo 9 – El libro prohibido

Descubren que el libro con candado se llama El Fin de las Palabras.

Don Hilario confiesa que lo ocultó porque quien lo abra puede borrar todos los libros del mundo.

El dragón intenta romper el candado.

Los protagonistas deciden protegerlo a toda costa.

Capítulo 10 – El gran robo de historias

El dragón logra liberar parte de su poder y varios libros quedan en blanco.

Los niños deben entrar en distintos relatos para rescatar palabras robadas.

Aventuras rápidas: un cuento de detectives, un cuento de hadas, una leyenda griega.

Aprenden a usar la lectura como “arma”: cuanto más leen, más fuerte es su poder contra el dragón.

Capítulo 11 – La batalla de las letras

En la biblioteca se libra una batalla mágica: los libros vuelan, las letras se convierten en luces que atacan al dragón.

Los protagonistas, leyendo en voz alta, logran encadenar al dragón con frases y poesías.

Descubren que el dragón solo tiene miedo de una cosa: que lo lean y comprendan.

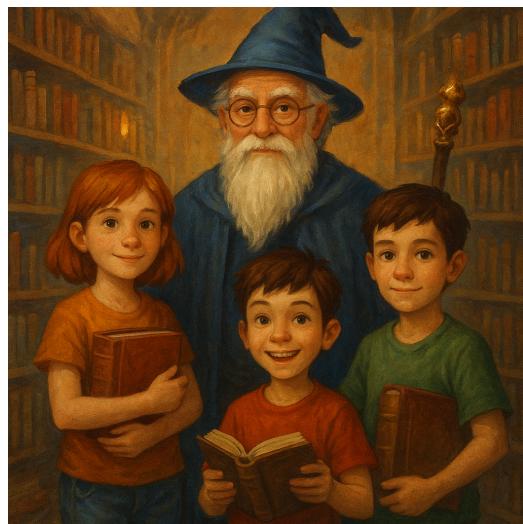
Capítulo 12 – El pacto de los lectores

En lugar de destruir al dragón, lo encierran de nuevo en el libro con candado.

Prometen proteger la Biblioteca Secreta.

Los tres amigos, que antes odiaban leer, ahora esperan ansiosos la medianoche para volver a vivir aventuras.

Final con guiño: otro libro comienza a brillar misteriosamente...



© 2025 [Odila del Barrio]

Este relato está licenciado bajo
**Creative Commons Atribución–NoComercial 3.0
Internacional (CC BY-NC 3.0).**